



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES

A R A G Ó N

**Sendas del sueño americano en Huajuapán
CRÓNICA URBANA**

**TRABAJO PERIODÍSTICO Y COMUNICACIONAL
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:**

LIC. EN COMUNICACIÓN Y PERIODISMO

PRESENTA:

HUGO ISRAEL PACHECO MÉNDEZ

ASESOR: DR. EDGAR ERNESTO LIÑÁN ÁVILA



FES Aragón



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE GENERAL

Dedicatorias

Introducción **La herencia mexicana del éxodo**

Paréntesis *¿Por qué la crónica?*

| | |
|---|------------|
| Capítulo I Huajuapán, crónica del pueblo migrante que se convirtió en ciudad | 11 |
| 1.1 El pasado tras la mirada del cronista | 12 |
| 1.2 Paisaje actual de la ciudad migrante | 22 |
| 1.3 El himno del <i>mojado</i> : <i>Canción Mixteca</i> | 32 |
| Capítulo II Sendas del sueño americano en Huajuapán | 37 |
| 2.1 El sueño: viajes a las entrañas del caos | |
| 2.1.1 Navegante de la ciudad del pecado <i>Destino: Nueva York</i> | 38 |
| 2.1.2 Dólares y Heavy Metal, una oscura combinación <i>Destino: California</i> | 52 |
| 2.2 Realidad: el yugo de la miseria familiar | |
| 2.2.1 Un sueño a la deriva, en la frontera <i>Destino: Maryland</i> | 65 |
| 2.2.2 Historia de un Santo sin fe <i>Destino: Kansas City</i> | 79 |
| 2.3 Sabiduría migrante: evocando las cenizas jornaleras | |
| 2.3.1 Preludio, el Programa Bracero | 92 |
| 2.3.2 Tres generaciones, un mismo sueño <i>Destino: Campos de California, 1960-Actualidad</i> | 94 |
| Conclusiones | 102 |
| Fuentes | 105 |

DEDICATORIAS

A Wilfrido Pacheco, porque juntos conocimos la belleza de la vida e hicimos del amor un vínculo perpetuo que desconoce realidades y fronteras. Porque vives en mí.

A mi madre, por ser el ímpetu cotidiano que me motiva a seguir en este arduo viaje llamado Vida, porque hemos descubierto que respiramos para buscar la felicidad y vencer las innumerables pruebas día con día, juntos.

A Florinda Méndez, por su inagotable amor y sabiduría. Por siempre tener la palabra y la caricia precisa, que logra motivarme pese a las crueldades e injusticias. Porque también eres mi madre.

A José Alberto, por tu sonrisa inmortal y tu abrazo sincero que me han impulsado a través de mis lágrimas y triunfos.

A Luis Enrique, quien me mostró el bello mundo de la literatura y más que un tío, es un hermano de sangre y de tinta.

A Mané Inés, porque los abrazos sinceros que nos hemos dado valen más que cualquier obstáculo. Porque también estoy ahí para ti.

A Mayra Pimentel, por su amor, comprensión y apoyo, que me han hecho un mejor ser humano. Por escuchar mis locuras y vivir a mi lado una realidad que todos debieran conocer algún día. ☺

A Lizbeth y Aldo, porque confío en ustedes, en su innato talento de saber vivir. Porque deben demostrar con hechos que son capaces no sólo de cultivar billetes sino de lograr sus más grandes sueños. Lean, ríen, sean unos genios en el arte de ser libres a través de su esfuerzo.

A Marisol, porque en ti he hallado la amistad más sincera. Gracias por tu compañía y apoyo incondicional en este camino que hoy culmina, sin ti habría sido imposible.

Anaaaaaa! Por el reggae, el arte, las letras y los violines inmortales que compartimos, por enseñarme a “dejar fluir la vida”. Porque si tuviera una hermana, sin duda serías tú.

A Pedro Garibay, por tu compañía y las innumerables experiencias de vida que cursamos juntos. Por acompañarme en mis locuras, pasiones, retos y sentir un amor tan grande por el arte y el comportamiento humano como yo. “Born to lose, live to win”, ¡dale a esos óleos, tienes talento!

A Edgar Ernesto Liñán Ávila, por ser un verdadero Maestro. Por confiar en mí, por leerme, por ser una persona ejemplar y compartir conmigo el amor por la literatura y el periodismo.

“El nuevo periodismo si bien a veces parece ficción, no lo es. Es, o debería ser, tan digno de confianza como el reportaje más directo aunque busque una verdad más amplia que la que se logra a través de la sencilla compilación de los hechos verificables, del uso de las citas textuales y de la adhesión al rígido estilo organizado de la forma más antigua. El nuevo periodismo permite, de hecho reclama, un enfoque más imaginativo del reportaje y permite al escritor introducirse en la narración como hacen muchos, o asumir el papel de observador imparcial, como prefieren otros. Yo incluido. Trato de seguir a mis personajes sin entrometerme mientras los observo en situaciones reveladoras, anotando sus reacciones y las de los demás ante ellos. Intento integrar toda la escena, el diálogo y el talante, la tensión, el drama, el conflicto y luego procuro plasmarlo todo desde el punto de vista de las personas de las que estoy tratando, revelando el pensamiento de estos individuos mientras los describo”.

GAY TALESE

INTRODUCCIÓN

La herencia mexicana del éxodo

Tierra fértil, vasta en cultura y tradiciones, abundancia de climas y ecosistemas, oasis poco aprovechado; así es México, nación contrastante que no sólo alberga riquezas naturales y hermosos paisajes, sino que por desgracia es el útero en que anidan imparables enfermedades como el desempleo, la pobreza y la incertidumbre constante de ser el vecino incómodo de una potencia pintada de barras y estrellas. Estados Unidos: ese monstruo capitalista que alberga al 98% de los migrantes mexicanos que se han ido en busca del ilusorio *sueño americano*.

La delgada línea que divide a estas dos naciones es la frontera más transitada del planeta: 3 mil km. de lamentos y euforia, de gloria y derrota, de esperanza y muerte lenta; 3 mil km. de serpenteantes laderas con temperaturas arriba de los 40 grados centígrados, con módulos de centinelas que ante el mínimo movimiento son capaces de reventar cráneos sin remordimiento, con un muro inmortal de acero que no representa sino la “virtud” mexicana de engendrar desempleo y la capacidad de E.U. por importar fuerza de trabajo barata.

En este contexto nacional, surge la pequeña ciudad mixteca de Huajuapán de León, un sitio a 193 km. de la capital oaxaqueña, que según el ex presidente municipal, Francisco Círigo Villagómez (periodo 2010-2013), “prácticamente se dedica a exportar migrantes, ya que las oportunidades laborales son escasas”.

Nombrada heroica ciudad desde el 7 de octubre de 1884 por el Congreso, hoy Huajuapán se ha convertido en un gran punto comercial en que confluye la mixteca poblana y guerrerense. A pesar de estar rodeada de paisajes rurales, es una urbe peculiar en que conviven el folclor, la cultura y el patrimonio ancestral de los mixtecos, nutrida por las remesas de los migrantes, quienes son los protagonistas de la presente Crónica Urbana, misma que narra historias humanas de huajuapeños, que ante la sofocante crisis laboral y económica, han realizado el viacrucis hacia el “otro lado” durante décadas.

El primer capítulo engloba el contexto histórico, social, económico y cultural de Huajuapán, contada por sus propios habitantes y ambientes, se describe su evolución a través de las épocas que paulatinamente convirtieron a un discreto poblado mixteco, en una ciudad.

En *El pasado tras la mirada del cronista*, el lector hallará una entrevista convertida en la historia de Francisco Círigo Villagómez, ahora ex edil de Huajuapán, quien desgrana el pasado de su tierra desde la época independentista hasta la actualidad, fijando a cada instante la huella perpetua que la migración ha dejado en sus habitantes.

El subcapítulo titulado *Paisaje actual de la urbe migrante*, presenta un panorama completo de los efectos económicos y sociales que ha traído consigo la elevada tasa de migración y cómo es que las tradiciones ancestrales de la cultura mixteca han logrado convivir con la modernidad impuesta por las modas y estereotipos imitados de Estados Unidos.

El himno del mojado: Canción Mixteca, resulta una pequeña puerta hacia el mundo folclórico de Oaxaca, en que destaca el Jarabe Mixteco y una canción que fue creada para recordar a los paisanos, quienes cierto día decidieron viajar e ir en busca de mejores oportunidades para su familia. La *Canción Mixteca* no se trata de una pieza musical más, sino que ha logrado traspasar las barreras ideológicas y físicas de la frontera, para transmitir un anhelo por la madre patria como ninguna canción mexicana.

El segundo capítulo, que lleva por nombre el título del presente trabajo periodístico, representa un abanico de historias reales que muestra la vida de los migrantes huajuapeños, sus ideales, sueños rotos, ambiciones y su fe por hallar una mejor vida en el país vecino.

Sendas del sueño americano en Huajuapán está dividida en tres partes, que representan las etapas mismas de la vida. *El sueño: viajes a las entrañas del caos*, muestra dos historias de jóvenes que se lanzaron a la aventura del *sueño americano*, con el fin de huir de la pobreza y el sinsentido que llegaron a vivir

durante su adolescencia, teniendo como recompensa un cofre repleto de retos y complejos caminos que los llevaron a rastras hacia la madurez. Este par de historias contienen el hedor del pecado y los vicios, la muerte del ímpetu y el alto precio que puede tener la libertad.

En *Realidad: el yugo de la miseria familiar*, se aborda a un par de personajes cuyo principal motor es su familia y la urgencia por ganar dólares. Ambos se encontrarán frente a una encrucijada hecha no sólo de barreras fronterizas, sino de carencias, suplicios y penurias, con la única esperanza de volver a Huajuapán con algo más que un recuerdo. Aquí se muestra la real necesidad por conseguir un empleo, el deseo constante por evadir los vicios del monstruo capitalista y la lucha sin fin que deben librar los padres de familia por mantener a sus seres queridos.

En *Sabiduría migrante: evocando las cenizas jornaleras*, se toma el ejemplo de los antiguos jornaleros, pioneros migrantes que narran la otra historia detrás de los dólares y el encanto estadounidense. Reflejan la complejidad de la migración en México, comprobando que mientras no se dicten leyes para la creación de empleos y el país continúe sacrificando mano de obra barata, la migración no tendrá otro destino más que el de ser transmitida de generación en generación.

* * *

La migración hacia Estados Unidos tiene una historia que se remonta a finales del siglo XIX, cuando la industria estadounidense en desarrollo requirió de obreros y campesinos mexicanos dispuestos a trabajar en condiciones no menos deplorables que las de aquel México porfirista.

Al paso de los años se fueron acentuando las bases de lo que actualmente se ha convertido en un cáncer imposible de curar. Existen 12 millones de mexicanos en Estados Unidos (2011), cifra equivalente al 11% de la población total de México y al 30% de la fuerza laboral hispana en E.U., de acuerdo con cifras del Banco Mundial, el cual agrega que si a dicha cantidad se añaden los migrantes de segunda y tercera generación, se puede llegar hasta los 30 millones de migrantes.

Tal cifra puede verse reflejada en la región mixteca, o *País de las nubes*, romántico título que le impusieron las culturas prehispánicas. Tras años de investigación, David Runstein y Michael Kearney, descartaron lo dicho por estudiosos en la materia durante la época de los 70, quienes afirmaban que en esta región la migración era escasa. Mediante encuestas directas y estudios de campo, comprobaron que “los mixtecos migran a los Estados Unidos en grandes números”.

Esto demuestra el papel que juega la migración en Huajuapán, que junto con Tlaxiaco y Juxtlahuaca, son las ciudades más importantes de la mixteca por su economía y número de habitantes. Trabajar en Estados Unidos se ha convertido en una actividad económica más en estas urbes, a pesar del riesgo y la controversia política y social que han producido los supuestos programas y proyectos productivos del gobierno mexicano, tales como el “Programa 3x1 para migrantes”, difundido por la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol).

Hasta hoy no existen cifras precisas respecto al número de migrantes huajuapeños que cruzan la frontera cada año, esto por la indiferencia del gobierno y la carencia de una institución encargada de realizar un estudio minucioso, lo más cercano a ello es la información del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), la cual calcula que 2 de cada 5 mixtecos son migrantes.

El pasado y presente migratorio de México refleja a un país asediado por un círculo vicioso difícil de erradicar: pobreza, marginación y desempleo, desembocan inevitablemente en una exportación imparable de migrantes, en el éxodo perpetuo que nos ha heredado nuestra patria y en historias de migrantes dignas de ser contadas, mismas que esta crónica urbana describe.

PARÉNTESIS

¿Por qué la crónica?

El migrante zarpó con sus recuerdos, colmados de lágrimas y miseria, hacia Estados Unidos y sus dólares, hacia una supuesta vida mejor... ¿Es preferible nombrarlo así o respetar el noticiario matutino que muestra una pila de migrantes deportados en la frontera, donde ni siquiera se señalan sus nombres y el necio comentario del reportero dicta: "...y la migración sigue en aumento"?

Parafraseando a cronistas latinoamericanos como Martín Caparrós, Leila Guerriero, Josefina Licitra y Juan Pablo Meneses, debo decir que sí, que la crónica es el hogar inmejorable de temas tan complejos como la migración. En el caso del presente texto: la migración de un pueblo que se convirtió en ciudad.

Aquí es donde emana la importancia de la crónica, un género periodístico capaz de narrar los hechos desde las entrañas de sus protagonistas, de dibujar un panorama extenso y realista oculto detrás de los datos, capaz de exponer una verdad que sería imposible comprender y contemplar a través de infografías, datos escuetos y declaraciones vagas de políticos.

La crónica es el hogar en que confluye la narrativa y la crudeza de los hechos. Sin llegar a mentir, ella surca los campos indescifrables de la naturaleza humana y los expone limpios. Sólo a través de ella es posible que las épocas trasciendan y que la historia logre impregnarse en un trozo de papel que seguirá vivo en tanto los lectores busquen algo más que el ¿qué?, el ¿cuándo? y el ¿dónde? La crónica nos ofrece el ¿por qué? y el ¿cómo?, repleto de aromas, texturas y fibras ajenas, que cuando menos lo pensamos, nos pareciera reconocerlas en nosotros mismos.

Dice Martín Caparrós: "El cronista mira, piensa, conecta para encontrar (en lo común) lo que merece ser contado. Y trata de descubrir a su vez en ese hecho lo común: lo que puede sintetizar el mundo. La pequeña historia que puede contar tantas. La gota que es el prisma de otras tantas".

Él insiste: “Me pregunto por qué los editores de diarios y periódicos latinoamericanos se empeñan en despreciar a sus lectores. O, mejor, en tratar de deshacerlos: en su desesperación por pelearle espacio a la radio y a la televisión, los editores latinoamericanos suelen pensar en medios gráficos para una rara especie que ellos se inventaron: el lector que no lee... Nuestros bravos editores no tremulan ante la aparente contradicción: siguen adelante con sus páginas llenas de fotos, recuadros, dibujitos. Los carcome el miedo a la palabra escrita, a la lengua, y creen que es mejor pelear contra la tele con las armas de la tele, en lugar de usar las únicas armas que un texto no comparte: la escritura”.

Por esto y por honor a este bello género que rompe los esquemas y que a mi parecer debería ser el futuro, la reencarnación del periodismo narrativo, por eso la crónica.

CAPÍTULO

I

***Huajuapán, crónica del pueblo
migrante que se convirtió en
ciudad***

1.1 El pasado tras la mirada del cronista

Vámonos de aquí, a cualquier lugar que no sea este, me cansé de ver los nopales, las gavillas de roba-vacas, los ladrones del Banco de Crédito, la ventanilla a la que nunca se llega, el mercado, la oficina. Vámonos, el mundo es ancho y a lo mejor resulta que no es tan ajeno, ya esto se acabó para nosotros, vámonos, hermano, y que luego se nos unan las familias.

CARLOS MONSIVÁIS



Foto 1 Vista panorámica de Huajuapán desde el cerro del Yucunitzá. Autor: Hugo Pacheco.

*D*etrás de los anteojos empañados por el rubor del rostro en la mirada de Francisco Círigo Villagómez, presidente municipal, se guarece la historia de Huajuapán de León, la *Tierra del sol*. Incrustada en el llamado *País de las nubes* o mixteca oaxaqueña, fue proclamada ciudad desde 1884 y no es sólo uno de los tantos llanos sepultados por el olvido. Sus actuales paisajes y ambientes reflejan 400 años de una localidad por la que transitó la época prehispánica, colonial e independentista, cuyo sitio de batalla ha sido el más largo de la historia (111 días de lucha).

Al paso de las décadas, el capitalismo se encargó de crear un peculiar contraste, en que la migración hacia el país del norte convirtió paulatinamente en ciudad a este pueblo dueño de ricas tradiciones y costumbres. Nadie mejor para evocar su pasado que un presidente enamorado de sus raíces.

“Las familias alrededor del quiosco con helado en mano, la arquitectura de tejas y adobe rojizo, la pasividad de las calles y sobre todo que Huajuapán era un pueblo de puertas abiertas”, comenta Círigo Villagómez al recordar el ambiente que se vivía en la década de los años 60.



Foto 2 Círigo Villagómez, ex edil de Huajuapán y cronista.
Autor: Hugo Pacheco.

Este hombre de extensas entradas, fija mirada y coronado con un halo de luz

que se escurre desde la ventana, se reclina sobre su sillón de piel y acomoda sus anteojos con el dedo medio, custodiado por una pila de fólderes y una pequeña bandera de México, sonrío mientras sus recuerdos van surgiendo.

“El cine Beatriz, El Ideal y Reforma eran la gran novedad. Quien no comía helado y charlaba en el parque, seguro estaba frente al enorme proyector, disfrutando del Cine de Oro Mexicano que llegaba de la capital. Al término de la función, las familias colmaban las refresquerías y una que otra cantina, como El Calvario; nunca con bullicio y alboroto, siempre en armonía familiar.”

La economía huajuapeña desde entonces estuvo sustentada en el comercio, contrario a otros pueblos aledaños, la industria agropecuaria era y sigue siendo mínima. Los tianguis y los mercados ofrecían productos de la región donde la gente se surtía de alimento y vestido. Los mayores lujos eran los paseos dominicales a un enorme terreno de pastos verdes y flores silvestres conocida como *El Álamo*, al sur de la población. La armonía que se respiraba era la de un pueblo tradicional de la zona mixteca, sin pretensiones de nada más que ser un ejemplo de la vida pacífica en sociedad.

Con la llegada del personal de la Comisión del Río Balsas en los años 60, encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas, Huajuapán tuvo un incremento considerable en su población. Los técnicos, ingenieros y sus familias se asentaron

para quedarse, ya que las condiciones eran propicias: había espacio, tranquilidad, pureza en el aire y ni un atisbo de inseguridad. La prosperidad y el progreso por fin llegaban, pero algo había cambiado, algún rasgo indescifrable se presentía, Huajuapán estaba dejando de ser un pueblo, y una tragedia sería el detonante para que este sitio mixteco dejara de ser el mismo para siempre.

* * *



Foto 3 El Palacio Municipal se derrumbó tras el sismo de 1980. Los diarios, radiodifusoras e incluso Jacobo Zabłudovsky en su noticiero, dictaba: “la ciudad de Huajuapán se deshizo, desapareció tras el terremoto”. Fuente: Ayuntamiento de Huajuapán de León.

Sucedió la mañana avanzada de un 24 de octubre de 1980. La costumbre de las amas de casa era levantarse a las cinco de la mañana, ir al molino a moler la masa, echar las tortillas sobre comales calientes y si se inflaban, dictaminaría que la mujer estaba preparada para casarse. Ir al

mercado, pasar a la iglesia, dejar a los niños en la escuela. Todo en calma, el cielo sin vaticinio de caos, el ritmo pausado de un pueblo sin miedo ni pesares.

Faltando cinco minutos para que el reloj de la catedral marcara las nueve campanadas matinales, un rugido desde el centro de la tierra paralizó a los huajuapeños, aquella señal irreal permaneció poco menos de 3 segundos, mismos que no dieron tiempo para huir, correr, guarecerse de una fiera convertida en 7.0 grados en la escala de Richter, el terremoto de mayor intensidad jamás registrado en tierra mixteca.

Las familias que habían emigrado a la Ciudad de México, Puebla, a los estados del norte como Sinaloa o Monterrey, y los migrantes que residían en Estados

Unidos, se enteraban por las noticias o por boca de conocidos de la tragedia con la escalofriante frase de: “¡Huajuapán desapareció, regresa en cuanto puedas!”

Una ola de camiones surcaban las entonces polvorientas sendas para ir a Huajuapán. Al llegar, aquel pueblo pintoresco, de rojizos adobes y cálida hospitalidad, había quedado reducido a escombros. Decenas de casas y chozas destrozadas, los muros del Palacio Municipal hechos añicos, 35 mil damnificados y cerca de 300 poblados aledaños afectados. Todo ello en tan sólo un minuto con cincuenta y ocho segundos del movimiento oscilatorio más intenso y estrujante que se ha suscitado hasta la fecha.

El gobernador del estado de Oaxaca declaró zona de desastre toda la Mixteca Alta y la ciudad de Huajuapán de León, en donde el 85 por ciento de las construcciones y 10 iglesias se desplomaron, incluyendo dos seminarios, dos hospitales, los edificios de correos, telégrafos y el de la Comisión Federal de Electricidad. Una funesta pintura se había trazado aquel día, la imagen de dolor perduraría por siempre.

* * *

Tras la tragedia, contrariamente a lo que podría pensarse, mucha gente se interesó en Huajuapán, su ubicación era inmejorable para el comercio por la cercanía de grandes ciudades como Tehuacán, Puebla y la misma capital oaxaqueña. La carretera Panamericana cruzaba diagonalmente la ciudad, dotándola de grandes oportunidades comerciales.

La población aumentó rápidamente. Se cambió el adobe por tabiques y techos de concreto con varilla. Las calles se pavimentaron y el Palacio Municipal se reconstruyó. El pintoresco pueblo comenzaba a quedar atrás, la arquitectura empezaba a ser la de una pequeña ciudad en vías de progreso, movido más que por el comercio, por las remesas que enviaban los paisanos desde Estados Unidos.

Ante tal situación, nada parecía evitar que los jóvenes contemplaran el *Sueño Americano* como la posibilidad más viable de mejorar su modo de vida, de comprar un terreno, construir un hogar, comprar un auto. Todo ello lo podían tener tras algunos años en el vecino del norte, esa era la motivación más grande para la juventud huajuapeña. La migración extranjera seguía en aumento, dejando ver sus efectos sobre el ambiente de Huajuapán, que en menos de 15 años se convirtió en una pequeña ciudad mal planeada. Las calles principales como Nuyoo y Trujano se colmaron rápidamente de negocios y comercios de pequeños inversionistas que vendían productos de las ciudades.

Para la década de los años 90's se inauguró la Universidad Tecnológica de la Mixteca (UTM), lo que abrió la oportunidad a los estudiantes que anteriormente sólo cursaban la preparatoria. Ahora existía una oportunidad de progreso, pero las carreras universitarias que se impartían eran todas ingenierías especializadas, esto, paradójicamente, reducía las posibilidades de los egresados por encontrar empleo en la región mixteca, ya que carece de desarrollo industrial. La UTM no saneó el problema de la migración hacia las grandes urbes y por el contrario, motivó a la llamada "fuga de cerebros".

El presidente municipal asegura que desde entonces comenzó a agudizarse el desempleo. "Todos se dedicaban al comercio, todos vendían algo, así que: ¿cómo subsistir, qué vender, si el vecino ya te ofrecía algo y uno no tenía para comprar nada?" Los pobladores se resignaron con soñar en huir a Estados Unidos, porque ya ni siquiera en las urbes mexicanas encontraban trabajo.

"Al ver que el trabajo escaseaba en las grandes ciudades del país, los paisanos comenzaron a asentarse en estados del norte, donde se empleaban por cortos periodos en fábricas y en grandes sembradíos, de jornaleros, claro, iban a sembrar tierras ajenas en vez de cultivar las propias con tal de ganar unos pesos más", comenta Círigo mientras mira una fotografía color sepia de Huajuapán. "Una vez que llegaban a estados como Nuevo León o Sinaloa, el siguiente paso para los migrantes era Estados Unidos... no quedaba de otra".

A inicios del siglo XXI surgió una nueva oportunidad de empleo. Las “organizaciones sociales” comenzaron a generar conflictos con el gobierno oaxaqueño, lo que devino en paros, huelgas y violencia injustificada: estampa inconfundible que ha caracterizado al estado. La falta de oportunidades y el aumento de la población en todo Oaxaca era incontenible. En Huajuapán surgieron organizaciones que se dedicaban a la venta de concesiones piratas de taxis. Esto rápidamente se convirtió en una moda, todos deseaban comprar una concesión, porque “es un buen negocio”, decían.

En 2008 existían aproximadamente 250 taxis piratas y para 2011, la cifra superaba las 800 unidades, muchas de ellas adquiridas con “dinero gringo”, con los “centavitos de los mojados”. La situación se salió de control y hasta la fecha es un mal que desequilibra la economía de la población y el tránsito vial.

Eduardo Escamilla es un claro ejemplo de este problema, él es un joven de 36 años, tiene tres hijos pequeños y una esposa que se dedica al hogar. “Yo me fui de chamaco *pa’l* norte, me regresé a Huajuapán primero porque allá en Nueva York no me hallaba, luego volví pero no encontraba ningún jale y volví por tercera vez porque acá se puso de moda eso de las concesiones, para entonces ya tenía familia, quise chingarle un rato, hacerme de un dinero y comprar unos taxis... pues sí... piratas, era buen negocio”, comenta Eduardo mientras maneja un Tsuru sin placas, sonríe y continúa su breve relato.

“Ñaaa, y ya ve joven, ahora tengo cuatro carritos, uno lo trabaja mi carnal, otro yo y los otros dos los cargan gente de mi confianza. Así echándole cuentas, al día me gano unos novecientos o mil pesitos libres, ya descontando gasolina, ¡de que sale, sale! Me la llevo relax pues”, dice, mientras una carcajada se escucha dentro del taxi y Eduardo mira el viejo reloj sobre la guantera, “ya es tarde, viejo, hora de comer”.

* * *

Oaxaca, estado que según el Consejo Nacional de Población (Conapo) emigra entre el 24 y el 30 por ciento de la Población Económicamente Activa (PEA) ha

arrastrado a Huajuapán durante las últimas tres décadas a un río de constantes cambios y alteraciones dramáticas en el incremento de su población, lo que ha provocado escasez de empleos, afectando rubros como el de salud, educación y seguridad.

El edil asegura que en un estudio realizado del año 2005 al 2010 en Huajuapán, la población pasó de 55 mil 479 habitantes a 69 mil 831, más del doble de la media estatal, lo cual estimuló el aumento de la población migrante ante la falta de oportunidades laborales.

Cirigo Villagómez fue durante cerca de 20 años el cronista de la ciudad y trabajó en la radio local, por ello afirma conocer los rasgos más significativos de la migración, comenta que la gente, al ver que “fulano se fue a Estados Unidos y ya llegó con su carro, en una época en la que era difícil que alguien tuviera un vehículo, el que fuera. Que aquel ya se fue *pa'* norte y ya está construyendo su casita”, motivó a que cada vez más pobladores decidieran emprender el viaje hacia la frontera.

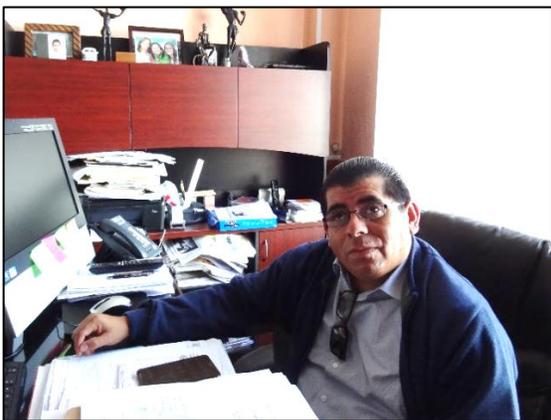


Foto 4“... aquí no existe familia cuyo pariente cercano no haya ido a Estados Unidos, comenta Cirigo Villagómez. Autor: Hugo Pacheco.

Expresa que “el irse a E.U. era la gran posibilidad de cambiar el modo de vida de la gente, sabían que los empleos aquí son de albañilería, carpintería, plomería y demás oficios, eso o trabajar para una empresa como Coppel, Aurrera o Milano, pero ya les piden preparatoria y hasta universidad, por eso prefieren emigrar”, comenta el presidente municipal, en tanto cierra los ojos y suspira lento y cansado.

Una nube se aleja en el cielo y la cálida luz de mediodía entra por fin a su oficina. Su celular de la marca Blackberry comienza a sonar y vibrar sobre el cristal de su escritorio, él lo mira con una tensión que se convierte en fastidio, contesta y dice “ahora no, yo le marco más tarde, gracias”.

Mientras vuelve a mirar fotografías color sepia de Huajuapán, Círigo Villagómez comenta que la migración ha modificado el modo de vida de los habitantes, su modo de vestir, sus vehículos y sus viviendas, “es una forma de ser diferente, de decirle a los demás: “mira, he progresado.”

Asegura que el rasgo más significativo se da a nivel cultural, “la gente comienza a alejarse de las costumbres, escucha otro tipo de música, tiene otra manera de divertirse. La gente que ha vivido aquí durante 30 o 40 años, puede decirte que Huajuapán realmente ha cambiado, este pueblo de puertas abiertas ya no es el mismo”, sentencia, mientras se levanta y da pequeños pasos en círculo, se detiene frente a la ventana y se despoja de sus gafas.

No existen datos oficiales, pero el edil sabe que la migración en Huajuapán alcanza altos niveles. “No tendría la cifra, la estadística. Si uno dice que mil y otro que 50 mil yo creo que... son estimaciones. A nivel municipal nosotros no tenemos la posibilidad de saber qué tanta gente emigra. Sin embargo, muchas familias, gente con la que tú platicas, tiene un familiar en Estados Unidos. Me refiero a cualquier persona, desde el vendedor de frutas hasta la dueña de la tiendita de la esquina... muchos, casi todos”, dice mientras alza la voz y manotea en el aire, guarda compostura y agrega:

“Lo que sucedió en un periodo entre el 2005 y el 2008, fue que los migrantes, ante las cada vez más sofocantes leyes migratorias, perdieron su empleo y decidieron volver, se dedicaron a venir a gastar su capital y no a nutrir la economía de sus familias. Luego de aquella crisis, se volvió a incrementar la migración, es un círculo constante. El *sueño americano* es la salida más viable para las familias que ya tienen a dónde y con quién llegar allá en Estados Unidos”.

Basta con recorrer el centro de la ciudad, sentarse en una banca del parque, junto al quiosco, para ver los cambios que la migración ha traído consigo. “Antes la gente venía al parque para conversar mientras se comía una nieve y hablaba de la vida, un grupo de trovadores o marimberos amenizaba los atardeceres. Ahora los estruendosos estéreos de los carros que traen del norte, la moda de los cholos y

el abuso del alcohol son los que rondan por las noches”, dice Círigo Villagómez, mientras asegura que en las calles de Huajuapán se respira la migración.

Tras unos minutos el presidente municipal vuelve al sillón de piel sintética y se hunde en él, tuerce los labios, guarda la fotografía sepia de Huajuapán en un cajón y su *Blackberry* en el bolsillo izquierdo. La luz externa se ha ido, alguien toca suavemente la puerta. “Pase, pase”, dice Círigo Villagómez. “Señor, perdone, eh... tiene una junta, es tarde...” dice la joven de torneadas piernas y sonrisa afable. “Claro, claro, ya voy, cierre al salir”, le dice el edil, dándole poca importancia.

“Yo tengo una prima que es migrante. Cierta día, entró a un taller de costura, allá en el norte, por fortuna le fue bien, se jubiló y hasta entonces regresó a México. Venía una vez al año, en diciembre”, dice mientras se levanta, haciendo el mohín de quien se despide presuroso pero cordial.

El aparato dentro de su bolsillo nuevamente se activa y el hombre de sudadera, camisa azul y peinado impecable hacia atrás murmura palabras inaudibles, irritado. Cambia sus anteojos por unas gafas de sol que penden sobre el cuello de su camisa, su rostro es diferente, de alguien que se prepara para dar un paseo dominical por el parque.

“En fin... aquí no existe familia cuyo pariente cercano no haya ido a Estados Unidos”, sentencia, mientras se apresura a la puerta y pasa frente a su secretaria, quien se desliza para alcanzarle un fólter, “suerte, licenciado”, le dice al hombre ajetreado, que se pierde en las escaleras, dando pequeños pasos mientras su peinado por fin se descompone y la *Blackberry* vuelve a sonar.

El pasado de un pueblo migrante refleja su visión futura y algunos hombres, como Círigo Villagómez, encapsulan el tiempo en su memoria para que a partir de un acto tan sencillo como el contemplar una vieja fotografía color sepia, sean capaces de revivir la historia de su pueblo y descubrir el origen de la migración a partir de los hechos que se convirtieron en historia.

Los susurros de la región mixteca aún palpitan en Huajuapán, después de haber sido villa y ciudad heroica, de ser la cuna del Jarabe y la Canción Mixteca, emblemas culturales que expresan la melancolía de saberse lejos de su tierra, pero también, el hecho de ser el hogar que alberga historias de paisanos migrantes que cada año recorren las sendas del *sueño americano*.

1.2 Paisaje actual de la ciudad migrante



Foto 5 Vista del centro de la ciudad desde el Palacio Municipal. Autor: Hugo Pacheco.

*U*n Mustang modelo V6 se enfila hacia el centro de la ciudad, sus rines bañados en cromo destellan por las calles seduciendo la mirada de mujeres que a su vez presumen sus esbeltas figuras sinuosas, rondando el parque principal. El estéreo escupe música norteña y agita las calles por donde pasa, el sonido rebasa los decibeles permitidos, provocando que los cristales, el parabrisas e incluso el peinado del conductor se estremezcan con una violenta y arrítmica cadencia.

“Escucha, escucha, esto es un motor y no chingaderas”, dice Jaime Huerta, de 28 años, mientras pisa el acelerador y se remuerde los labios, excitado por el rudo sonido de su motor. Jaime llegó a Huajuapam hace seis meses para celebrar el cumpleaños de doña Carmen, su madre. Después de ocho años de estar en Los Ángeles, California, al fin pudo comprarse el auto de sus sueños y ahorrar unos centavitos, además de cosechar algunos vicios.

Jaime dirige su Mustang a una mano mientras pasa lentamente por el portal del palacio municipal, pisando el freno con suavidad y afán de presunción. Está orgulloso del destello neón azulado que despide la carrocería inferior de su auto e ilumina el suelo empedrado del centro. Da una vuelta más y esta vez sostiene con

una mano el volante y con la otra empuña una *caguama* Victoria, empuña la botella y un cuarto de líquido desaparece en unos segundos, delgadas líneas de cerveza se escurren hasta perderse en una barba espesa y descuidada. Le sube al estéreo, las ventanillas vibran y junto con su acompañante lanza un grito de mariachi que termina en un largo y cansado: “¡chingaaaaoo.....!”



Foto 6 El migrante Jaime Huerta cumplió su sueño de ver reflejado el neón azulado de su Mustang sobre las calles de Huajuapán. Autor: Hugo Pacheco.

Es casi un ritual de época decembrina el que los paisanos, mojados o cholos, como se les llama popularmente, arriben al centro de la ciudad con sus carros *tuneados* (modificados), aire de superioridad y un marcado acento entre norteño y de *gringo* falso, creando una

ambigüedad y contraste cultural que ha penetrado con los años y hoy en día se muestra con naturalidad.

Por las calles es fácil reconocerlos, “mira, aquel segurito vino del norte”, dicen las voces de los huajuapeños. Su vestimenta de gorra recta, amplias playeras de equipos de béisbol o fútbol americano y anchos pantalones holgados son ya un rasgo irremediable de los *mojados*. Pero también hay quienes por un fuerte arraigo musical nacido en el seno familiar o un confuso nacionalismo, prefieren las botas y el sombrero.

Jaime Huerta representa a este último estereotipo, ya que creció escuchando a los Tigres del Norte y los Dorados del Norte. Desde que llegó a Huajuapán pasa “casi todos los días” deambulando por la ciudad, subiéndole a su estéreo, visitando a viejos amigos y bebiendo cerveza. Está feliz de por fin haber llegado a casa, pero al paso de los meses el ambiente tranquilo y sin caos de Huajuapán lo ha ido llenando de aburrimiento. Sólo los viernes revive su ánimo festivo y se olvida del

resto de los tediosos días. “Pues regresaré ya que se me vaya acabando el *varo*, *toy*´ tranquilo, mientras tanto a disfrutar, después de tanta chinga allá en el norte”.

Antes de partir, a sus 20 años, Jaime trabajó de cargabultos en el mercado Porfirio Díaz, frente a la catedral, fue chalán de albañil durante unos meses, repartidor de pizza, vendedor en una tienda de abarrotes y otros pequeños oficios que según él sólo le quitaban el tiempo y con lo que ganaba no le alcanzaba para nada.

Estaba harto de que en su casa lo reprimieran por no tener metas en la vida. “Si no estudias no llegarás a ningún lado *mijo*, tú estás mal de la cabeza, esos pesos que ganas, como vienen se van, ¿qué no piensas en el futuro?”, le decía su madre. Pero la escuela no era para Jaime, ni las reglas, ni las normas; él quería ver mundo, probar suerte, y sí, pensar en su futuro, el cual vislumbró dentro su Mustang.



Foto 7 Manta de migrantes huajuapeños radicados en New Jersey, California, Whashington, Oregon, Florida, Texas, Arizona, Atlanta e Illinois, quienes se encomiendan al Señor de los Corazones o Cristo Negro durante su fiesta del 23 de julio, fecha en que se celebra la Expo Feria Huajuapán. Autor: Hugo Pacheco.

Este es el escenario de los migrantes jóvenes que regresan a Huajuapán. Se van durante periodos de 4 a 10 años a probar suerte, con la intención de ahorrar y que ningún vicio se les pegue en el camino.

Los *mojados* hacen su estridente aparición en temporada alta, principalmente durante la Expoferia de

Huajuapán, en julio, y durante las fiestas decembrinas, trayendo esa costumbre de la comida rápida, la moda de *jeans* y *jerseys* holgados y una contracultura capitalista que desentona con las costumbres de la tierra mixteca.

Contrario a lo que podría pensarse, en Huajuapán no sólo emigran campesinos y pobladores del sector económico más bajo, ya que la economía de esta pequeña ciudad no está cimentada en la industria agropecuaria. También emigran

pobladores de clase media, con el afán de mejorar su calidad de vida, no solamente para cubrir sus necesidades básicas.

El *sueño americano* es la vía en que los huajuapeños pueden acceder a un modo de vida más holgado, ya que los pequeños y medianos negocios que echan a andar ya no son considerados un “gran negocio”, esto porque existe un problema que ha sido más evidente durante la última década: ya no hay nada qué vender. Existen demasiados negocios de productos alimenticios, electrodomésticos y de consumo en general. Con la introducción de tiendas departamentales desde 2003, como Milano, Coppel, Elektra y Bodega Aurrera, las ganancias de los comercios se vieron menguados, dejando a las pequeñas y medianas empresas en la bancarrota. Establecimientos como carnicerías, verdulerías, fruterías, tiendas

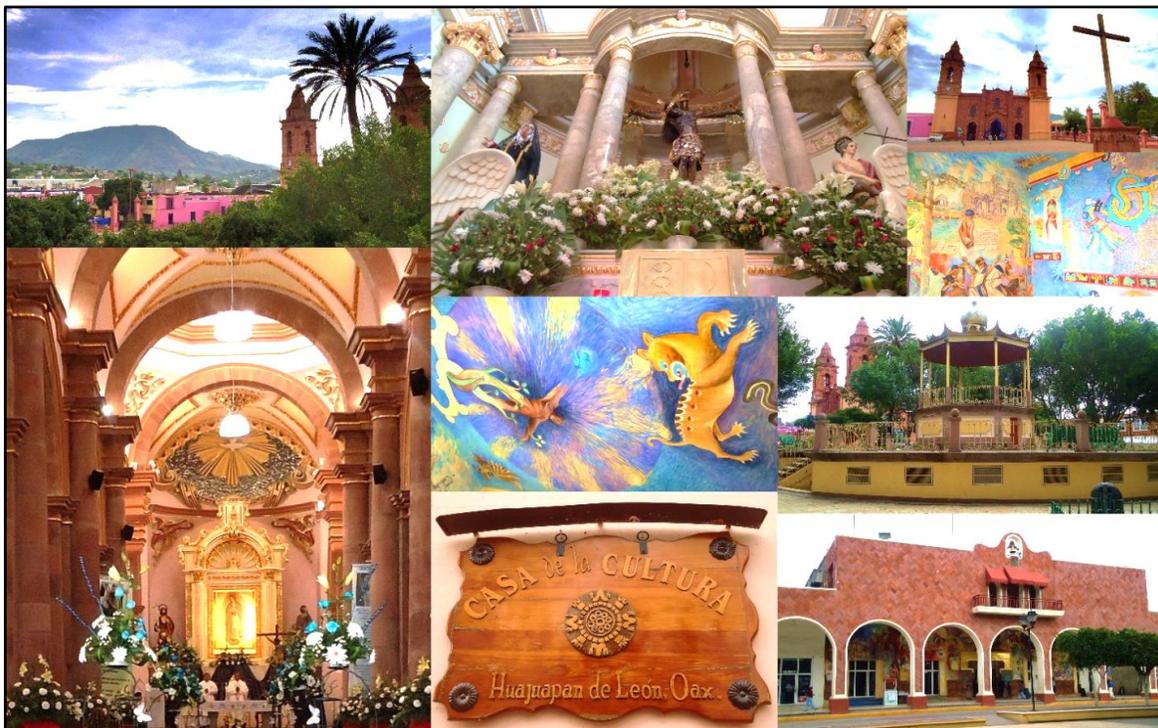


Foto 8 De izquierda a derecha: Cerro del Yucunitzá; interior del Sagrario, donde se venera al Señor de los Corazones; Atrio de la Catedral; Interior de la Catedral, donde se venera a la Virgen de Guadalupe; Murales dentro del Ayuntamiento; Quiosco en parque central Independencia,, Casa de la Cultura y Palacio Municipal. Autor: Hugo Pacheco.

de abarrotes, materias primas y gran variedad de locales redujeron sus índices de ganancia con la entrada de dichos consorcios.

El Huajuapán de hoy es una ciudad mixteca cuya economía está sostenida por el comercio de empresas externas que hacen fluir el capital hacia afuera. Ante esta situación, la migración a Estados Unidos se presenta como una oportunidad viable para solventar los gastos familiares y acceder a ciertos lujos, propios de las grandes urbes. Es por ello que el paisaje arquitectónico, natural e idiosincrático de este municipio ha cambiado drásticamente desde los años 80's.

Al caminar por las calles de Huajuapán con ojos de turista, el visitante puede admirar ciertos sitios que albergan un pasado ancestral, como las ruinas del Cerro de las Minas; el colosal Cerro del Yucunitzá, que pareciera un guardián de la ciudad hecho de roca; el Cerro del Sombrerito y el de La Soledad, altiplanicies que albergaron a la cultura Nuiñe entre los años 300-400 a.C. Lugares de interés cultural como los murales del palacio municipal, creados por el pintor José Luis García, quien plasmó en una creativa mezcla de matices las épocas y acontecimientos más relevantes de la ciudad; el Museo Regional de Huajuapán (MUREH), el cual resguarda vestigios representativos de la época prehispánica y artesanías rescatadas del fondo de la árida tierra que muestran la vida de los antiguos mixtecos y la Catedral de Nuestra Señora de Guadalupe, que data del siglo XVII y cuya fachada está construida con piedra de cantera.

Estas muestras culturales se contraponen con el paisaje claramente citadino del que se ha ido impregnando Huajuapán en las últimas tres décadas. Las calles, por las que anteriormente transitaba la gente sin mayor preocupación, hoy son acaparadas por cientos de automovilistas, es sabido el rumor de que pareciera que “en Huajuapán hay más carros que gente”. El tránsito vial se congestiona sobre las tres de la tarde, hora en que los oficinistas y empleados salen a comer, resulta más rápido llegar a casa caminando o en bicicleta que a bordo de un auto particular.

Al caer la tarde, las luces de negocios, bares, antros, cafeterías y centros nocturnos iluminan la noche en la ciudad. Una gama diversa de autos último modelo rondan las calles del centro y los jóvenes acaparan el Parque Independencia en busca de aquellos establecimientos iluminados por el neón y acondicionados con música atrayente. La vida nocturna de Huajuapán es el hábitat de la juventud y de los *mojados*, quienes *planchan* las avenidas y calles en busca de algo que les colme el deseo de adrenalina.

El contraste se hace más evidente cuando al visitar las colonias populares situadas a los bordes de la ciudad, se dejan ver casas en obra negra y con lámina de asbesto, el paisaje es de pequeños focos amarillentos que tintinean encima de los cerros, de estrechas sendas de terracería. Este contraste también ha traído consigo el incremento de los asaltos, la formación de pequeñas bandas delictivas y el robo a casa habitación, problemáticas propias de las grandes urbes.

Hujuapán ha crecido a un ritmo sorprendente, los cerros que antes eran gobernados por huizaches y barrancas, hoy se han convertido en el hogar de migrantes oriundos de poblados cercanos que llegaron en busca de un mejor empleo y sólo encontraron las ruinas de lo que antes fue una comunidad tranquila, sin autos y bullicio, pero que ahora mantiene el riesgo latente de convertirse en una urbe presa del poder económico de las empresas y del cambio que las remesas han ido construyendo paulatinamente. A pesar de la máscara cosmopolita con la que Huajuapán se disfraza de noche, la pobreza y falta de oportunidades permanece como un cáncer difícil de erradicar.

En 2009, la entonces presidenta municipal interina, Martha García Manzanares, durante un evento que promovió la orientación a los migrantes respecto al procedimiento para la obtención del pasaporte y ciudadanía norteamericana a los niños nacidos en Estados Unidos, se refirió a la migración extranjera de la siguiente forma: "es sin duda un tema altamente sensible para todas nuestras comunidades, es difícil encontrar en la mixteca una familia que no tenga parientes en el vecino país, hombres y mujeres que se alejan por el justo motivo de su sobrevivencia".

Añadió que “los gobiernos municipales junto con el estatal están trabajando para reducir el índice migratorio, sin embargo la experiencia histórica, la situación geográfica y la realidad económica provocan que muchos paisanos emigren al vecino país”. Pasados tres años, tal trabajo del gobierno no se ha visto reflejado. Por una parte, el cobro económico de los ex-braceros no se ha materializado y por otra, las oportunidades laborales y el impulso a la industria tampoco se han dado. Ante tal perspectiva, los huajuapeños se ven tentados y en muchos de los casos, orillados, a probar el *sueño americano*.

* * *

La ciudad continúa cambiando, la huella de las remesas es cada vez más evidente, ya que provoca un cambio visual y tangible en los nuevos locales, la moda y los vehículos que son cada vez más cuantiosos. La migración extranjera no es vislumbrada como un problema social, sino que se ha convertido en un hecho común, visto de la forma más natural, incluso con la esperanza de que los *migradólares* rescaten a los cientos de familias de la marginación.

Es por ello que las cajas de ahorro, bancos y las casas de cambio han tomado mayor realce. Huajuapeños y gente de los pueblos cercanos acapara dichos establecimientos cada vez que la quincena se avecina. Las largas filas crecen desde las siete de la mañana en las entradas principales a pesar de que el horario de apertura es a las nueve. Hombres de sombrero y mujeres con reboso charlan mientras esperan. El reloj marca la hora esperada, se abren las puertas y comienza el movimiento de billetes. Las cifras por cobros y giros van desde los 5 mil hasta los 30 mil pesos.

Doña Licha, una mujer de coletas, vestido floreado y bolsa del mandado, se yergue frente a la ventanilla, pronuncia unas palabras con vos tenue y entrecortada, la cajera hace una mueca de incompreensión y después de cinco minutos por fin le extiende a aquella tímida mujer dos grandes fajos de billetes, que doña Licha introduce de manera sorprendente en su busto. La mujer no responde a las preguntas, se pone alerta, escapa con esfuerzo de un tumulto de

espaldas y hombros, por su frente se escurren unas gotas de sudor mientras sale del banco Banorte, cruza la calle sin mirar y apresura el paso.

Un hombre de cabello entrecano, gruesas manos agrietadas, huaraches empolvados de piel a medio curtir y sombrero en mano realiza el mismo procedimiento, pero él se previene con una pequeña bolsa negra, inevitablemente causa más revuelo el sonido del plástico al desdoblarse y todos logran contar con la mirada la cantidad aproximada de billetes que aquel hombre recibe de Inés, una cajera con rastros de desvelo y hartazgo. Al salir se ajusta el sombrero, un joven lo espera, “ya estuvo, *mijo*” es lo único que se le escucha decir antes de perderse por la misma senda que doña Licha.

Así transcurren los minutos, los fajos de billetes bailan en las cinco cajas del banco. Algunos clientes, al no saber hablar otra lengua más que el mixteco o el náhuatl, van acompañados por familiares que traducen lo que las cansadas cajeras les explican. “No señor, debe usted traer a un mayor de edad para que firme de testigo, no a su *nietecito*, no le puedo cambiar sus billetes”. “Me tiene que traer una copia de su credencial de elector y su estado de cuenta, señor, entienda,



Foto 9 Vida nocturna en la pequeña urbe de Huajuapán. Autor: Hugo Pacheco

a la vuelta hay una papelería, el siguiente por favor...”

Es quincena y el estrés se respira en el ambiente. Griselda, la cajera más amable pero con menos tiempo de trabajar en Banorte, dirá más tarde, al terminar su jornada, que “...uno nunca se acostumbra a la gente, son necios, no entienden razones, vienen de otros pueblos y se enojan porque no les damos su dinero, pero hay que seguir la normatividad, sino a quienes les va mal es a nosotras”. Se le pregunta respecto a las remesas, ¿alguna cifra aproximada, un dato? “No podemos dar esa información, pero... cada quincena, en un día, pasan por mis manos cantidades que me sacarían de pobre *pa´* siempre, jajaja”, dice mientras sonríe, cansada.

Los miércoles de tianguis y viernes en que el mercado Ignacio Zaragoza es acaparado por cientos de comerciantes que ofertan frutas, carnes y legumbres, son también días en que los bancos y cajas se ven literalmente invadidas por decenas de personas deseosas de cobrar sus “centavitos” que les enviaron sus familiares.

* * *

La ciudad es dueña de un ambiente camaleónico, pareciera un sitio distinto cada temporada y en ciertos días. La cultura y tradiciones se mezclan con el neón de la vida nocturna. La pobreza de vagabundos y familias de indígenas con el lujo de autos último modelo y casas de tres pisos. Cada vez la Heroica Ciudad de Huajuapán de León se va pareciendo más a una urbe, arrastra lentamente ese aire de ciudad gris, pero su belleza natural y folclórica se niega a quedar sepultada.

Esta pintura actual de Huajuapán dista mucho de la que podía contemplarse a mediados del siglo pasado, cuando su rostro era más el de un pueblo tradicional y pintoresco, de calles estrechas y polvorientas. Los lugareños transmitían la humildad y vitalidad de un mixteco encantado por su tierra, que presumía su diseño arquitectónico regional, compuesto por ocre adobe y gastadas tejas.

Aquella acuarela de cálidos ambientes encarcelados por aromas, texturas y tonalidades dignas de un poblado creado por la imaginación de Juan Rulfo.

Tan lejano quedó ese panorama del paisaje actual de un pueblo que se convirtió en ciudad por el esfuerzo y derroche de los migrantes, y tan noble y rica es la cultura huajuapeña que se tomó el tiempo de crear una canción para ellos. Sí, los *mojados* que recorren a diario las sendas del *sueño americano* y que han ayudado a cambiar tanto el ambiente como la economía de su tierra, son recordados por el llamado himno del migrante, la *Canción Mixteca*.

1.3 El himno del mojado: *Canción Mixteca*



Foto 10 Auditorio Guelaguetza, situado en la cúspide del Cerro del Fortín en la capital oaxaqueña, escenario inmejorable para entonar el Himno del Migrante. Fuente: Diario Correo Mixteco.

La famosa fiesta nombrada *Guelaguetza* proviene de un vocablo zapoteco, se deriva de *Guela*, cualidad o característica, y *Guetza*, cortesía o finura. El biógrafo huajuapeño, Luis González Orea, le imprime al significado del vocablo un rasgo más profundo: “*Guelaquetza* es un sentimiento por el cual se sirve y se ama al prójimo, es parentesco, es fraternidad. Se comparte con todos lo mejor de la naturaleza y de la vida. Es solidaridad, participación, apoyo y compromiso, fiesta y gozo compartido: ayuda mutua”.

Se le conoce como *Lunes del Cerro* porque se celebra durante los dos últimos lunes del mes de julio. Según el Archivo Estatal de Oaxaca la festividad fue creada con motivo del Centenario del Natalicio de Benito Juárez. En ella se dan cita los danzantes de las ocho regiones de Oaxaca con el afán de representar dignamente a su tierra y se entona el melancólico himno del migrante, la *Canción Mixteca*.

En 2012, la pareja seleccionada para representar a la Región Mixteca fue Eder de Jesús y Diana Mendoza Vázquez, quienes ganaron el concurso local en Huajuapán, con la presencia de cientos de habitantes y del presidente municipal,

dentro de la Casa de la Cultura. Todo estaba listo para que el tercer lunes de julio, Eder y Diana, demostraran la belleza de un ritual amoroso puramente mixteco.

Aquella tarde del 23 de julio, en el *Auditorio Guelaquetza*, asentado en la cúspide del Cerro del Fortín, en la capital oaxaqueña, ocho parejas se enfilaban hacia el centro de la pista. Las mujeres, portando una blusa de manta, falda con siete listones de colores llamativos y un rebose negro. Los hombres, con pantalón y camisa de manta, zarape de lana al hombro y paliacate bajo el cuello, sujetaban con fuerza a sus prometidas para darles seguridad, ocultando su tensión bajo las copas de sus sombreros. Juntos subían las breves escaleras hasta que súbitamente quedaron abrumados ante la visión de los 12 mil espectadores que esperaban impávidos su acto.



Foto 11 Nayeli Santana Torres e Iván Hernández Reyes, actual pareja del Jarabe Mixteco. Fuente: Ayuntamiento de Huajuapán.

Se plantaron al centro del auditorio mientras los primeros acordes de la *Canción Mixteca* comenzaron a mezclarse con las voces del público. Las mujeres hacían alarde de la hermosura de sus faldas, ondeándolas al aire con una suave cadencia. Luego

de dar tres vueltas a la pista, un joven de tez morena y voz gruesa, se separó del grupo y entonó las tradicionales palabras en nombre de su región:

“Somos mixtecos, hijos de la gente antigua, los Ñuu Yate. Nacimos al pie de las montañas, entre cactus, espinos y mezquites. Somos la raza de bronce creada por el sol: fuertes por naturaleza; hábiles por herencia. Nobles y valientes defensores de nuestra independencia. Somos los mixtecos de la nostálgica Tierra del Sol y traemos un saludo desde Huajuapán de León: tierra cálida donde expresamos nuestro sentimiento, mismo que enmarca el baile, orgullo de nuestra región, hoy

bailaremos con un desborde de pasión, porque esta es la emoción que emana nuestro corazón... al bailar el majestuoso e inigualable: ¡Jarabe Mixteco!”

Eder y Mariana cruzaron las miradas, ahogaron la tensión y el miedo con un gran suspiro mientras el estruendo del público los puso en alerta. Como pocas veces, los músicos se irguieron y entonaron con seriedad y dulzura el *Jarabe Mixteco* en vivo, dotándolo de una acústica que erizó la piel de los asistentes.

Estallaron los gritos y las faenas para la pareja mixteca, que no dejaba de sonreír y transpirar. Sus acompañantes se levantaron, las mujeres danzantes volvieron a ondear sus faldas cadenciosamente mientras el público levantó al vuelo sombreros de palma, despidiéndose de los jóvenes mixtecos. *In crescendo*, el eco de una canción, la más nostálgica y hermosa de Huajuapán, penetró en el Auditorio Guelaguetza, zigzagueó por las gradas hasta posarse sobre el recuerdo y la añoranza de los oaxaqueños.

Más de 12 mil voces entonando un solo himno, añorando un solo sitio. Los sombreros sinuosos alzados al aire, acariciados por la cálida brisa, formando una ola hecha de palma y melancolía con aroma a leña quemada, el perfume de los pobres, dicen por ahí. Ningún oaxaqueño tendrá el valor para afirmar que al presentir esa agónica melodía, compuesta por el maestro José López Alavés y al escuchar en coro la letra de la *Canción Mixteca*, no siente un nudo en la garganta. Es aquella mezcla de acordes precisos y lírica afligida la que cada año durante la *Guelaguetza* se convierte en un himno que entonan niños y ancianos, oaxaqueños y extranjeros, pero más que nadie, los mojados que cruzan la frontera para corear con un profundo sentimiento las palabras:

*“Qué lejos estoy del suelo
donde he nacido.
Inmensa nostalgia invade
mi pensamiento.*

Y al verme tan solo y triste

*cual hoja al viento.
Quisiera llorar
Quisiera morir... de sentimiento.*

*¡Oh Tierra del Sol!
Suspiro por verte
Ahora que lejos
yo vivo sin luz, sin amor.
Y al verme tan solo y triste
cual hoja al viento.
Quisiera llorar,
Quisiera morir... de sentimiento.”*

El eco permanece en el aire, sobre el domo del auditorio, se expande hasta la cima del Cerro del Fortín. Desde allí se aprecia el paisaje de la ciudad, rodeada de altiplanicies que parecieran guarecer el hogar de los oaxaqueños.

La *Canción Mixteca* se alza sobre las terrazas, las calles empedradas del centro, la catedral de fachada colonial, las azoteas, los cúmulos de gente que admira aquella ciudad dueña de la tradición más pura de México, que atrae la curiosidad de miles de extranjeros que descubren en el coro del Himno Mixteco una costumbre de entrañable belleza. Algunas lágrimas y suspiros vagan por las gradas, porque nunca habrá escenario más enigmático para entonar esta melodía.

El maestro López Alavés fue un sacerdote de la región apasionado de la música, participó en el Primer Concurso de Canciones Mexicanas, convocado por el periódico *El Universal* en 1918, el resultado representó uno de los hechos más importantes en la historia cultural de Huajuapán: Alavés obtuvo el primer lugar y el privilegio de tocar en vivo en la Alameda Central de la Ciudad de México, todo un logro para un hombre de sangre mixteca y tan criticado por el catolicismo de la época.

A partir de entonces, la *Canción Mixteca* se convirtió en un homenaje para los paisanos que desde la lejanía recuerdan a su tierra cantando. Con el paso de los años y el primer éxodo de migrantes hacia Estados Unidos durante el Programa

Bracero (1942-1964), la letra adquirió un mayor impacto, pasó de ser la creación de un artista alejado de su pueblo a un verdadero Himno Mixteco, categoría a la que se le elevó oficialmente en 1998, por iniciativa del regidor Elías Torres Ramírez, como homenaje *post mortem* al maestro José López Alavés.



Foto 12 Lila Downs durante su pasada presentación en la Expo Feria Huajuapán. Fuente: Diario Correo Mixteco.

En la pasada Expo Feria Huajuapán 2012, la cantante Lila Downs, (nacida en la Heroica Ciudad de Tlaxiaco, perteneciente a la Mixteca Alta), interpretó la *Canción Mixteca* en el Recinto Ferial, ante los ávidos oídos de colonos, extranjeros, turistas nacionales y paisanos que llegan cada año durante el mes de julio.

Lila Downs, con esa voz desgarrante que fue forjando de tanto cantar música regional oaxaqueña, portando un largo vestido en tonalidades púrpuras, sorprendió al público cuando al erguir la frente, de su boca nacieron aquellos versos con aroma a leña quemada. El talento de esta cantante es indiscutible, ya que en los últimos años se ha convertido en una artista de corte internacional y ha sabido mantener vivos los sonos y armonías de Oaxaca con gran temple.

La *Canción Mixteca* enaltece la rica cultura folclórica de Huajuapán, se alza sobre el Cerro del Fortín cada año para deleite y orgullo de todo el pueblo mexicano en la *Guelaguetza*. Y son las historias de cientos de migrantes que han decidido tejer las *Sendas del Sueño Americano*, quienes inspiran y protagonizan aquellos versos que siempre causarán melancolía y añoranza.

CAPÍTULO

II

Sendas del sueño americano en Huajuapán

El sueño: viajes a las entrañas del caos

2.1.1 Navegante de la ciudad del pecado

Destino: Nueva York



Foto 13 Maximino ayudaba a su madre a colocar el puesto de tamales cada domingo. Actualmente es peón de albañil, pasó de ganar casi 20 mil pesos a la quincena a sólo 2 mil. Autor: Hugo Pacheco.

*L*a década de los 80 ha quedado atrás y el cáncer del desempleo penetra en las familias de Huajuapán. En ésta época hostil, Maximino es un joven tartamudo de 14 años que a diario recorre al menos dos kilómetros para vender los tamales que doña Licha, su madre, prepara para mantener a sus ocho hijos. Cuando el joven llega a casa demasiado tarde, un tubo de PVC o un cinturón siempre está listo para enrojecer su espalda. Carlos, su padre, es un albañil alcohólico, por ello no es de extrañar que reciba a su familia a golpes al menos tres días por semana. Esta situación provocará que cierto día Max, como le gusta ser llamado, huya de tal caos.

La familia renta una construcción de dos cuartos en que se trasmite el agua, tienen un amplio jardín repleto de hormigueros, basura y arbustos donde los niños suelen jugar, pero por ser Max uno de los hermanos mayores, no tiene derecho a tal lujo, él debe trabajar, razón por la cual se salió de la escuela para nunca volver.

El cariño que Max tiene para ofrecer y que es ignorado por sus padres, lo deposita en *pelusa*, una gata a la que cuida y alimenta con fervor. A menudo habla con ella y al parecer es la única que lo ha llegado a comprender. Recuerda que *pelusa* parió a seis crías desnutridas, haciendo un total de 12 gatos en la casa que iban y venían por los tejados de lámina, provocando el hartazgo de su madre, quien en cierta ocasión, cansada de la suciedad y el hedor de los felinos, decidió sacrificar a la mitad, destrozando sus cráneos con un tabique, mostrando una sorprendente ausencia de piedad ante los ojos de Max, quien a veces, a sus ahora 35 años, sigue teniendo pesadillas con aquellas sangrientas imágenes.

A pesar de las palizas que recibe, Max no rompe en llanto como sus demás hermanos, para él es algo cotidiano, su ausencia de lágrimas es el lenguaje en que le demuestra a su padre un odio discreto pero en aumento. Para no sentir dolor sólo necesita bordear los terrenos baldíos en compañía de *pelusa*, charlar con ella y con las flores que desentumen sus pétalos en abril, mes en que cumple años y que nunca ha recibido regalos.

Luego de tres años con la misma rutina, el tiempo provocó que repentinamente le hayan nacido unas inmensas ganas por largarse de su casa. Es el año de 1996 y Max está a punto de cumplir la mayoría de edad. La madurez lo ha hecho entender que por más tamales que venda, nada podrá hacer para despojar a sus hermanos y a su madre de los golpes y la pobreza que los azota a diario.

El *Alacrán*, uno de sus amigos que vive en la esquina de su calle, con quien aprendió a fumar y a beber, le contó su plan para huir. Tan meticuloso fue que incluso detalló en qué fecha regresaría de Estados Unidos: el día de su boda.

Fascinado, Max escuchó aquel propósito y pretendió seguirlo al pie de la letra, fue a casa a contar el total de sus ahorros y comenzó a contactar a un *coyote*. Cuando por fin lo encontró se percató de que el costo era excesivo y tendría que trabajar años para juntarlo, pero aquel tipo le dijo que podían llegar a un acuerdo una vez que estuviera *del otro lado*, “me lo dejó a crédito, los mil doscientos dólares que más me han costado pagar”.

Los padres de Max estaban demasiado preocupados por sus otros siete hijos, así que cuando les dio la noticia, ellos asintieron conformes, esperando que con el tiempo mandara dinero para ayudar con los gastos del hogar. Fue un 7 de marzo de 1996, Max se despidió de su familia y de *pelusa* para viajar rumbo a Tijuana.

Por una parte, quería cambiar la situación económica en su casa y por otra, sólo deseaba abandonarse a los riesgos y aventuras que viviría en Nueva York, lejos de aquella rutina adherida al caos, los golpes y la pobreza.

* * *

Al llegar a Tijuana, Max conoció al *coyote*, quien prometió pasarlos del *otro lado* a toda costa, de lo contrario, no le pagarían un quinto. Aquel tipo tenía experiencia, hospedó al grupo de 20 migrantes en un hotel discreto en el que pasaron dos noches, hasta que un autobús destartado los llevó a Rosa de Castilla. “Lleven toda el agua y comida que puedan pero no exageren con el peso, dejen todo lo que no necesiten, daremos un pequeño paseo a pie”, les dijo, con evidente sarcasmo.

Max y su grupo caminaron durante 23 horas por cerros interminables, recuerda que aproximadamente a las tres de la madrugada, la constante brisa que se venía intensificando se convirtió en algo que Max nunca había contemplado, en medio de aquel desértico llano, comenzó a nevar. Los pequeños copos se adherían a las espaldas de los migrantes y no había suéter o chamarra que impidiera el paulatino y mortal enfriamiento de sus cuerpos.

Las horas transcurrían y la nieve anesthesiaba las fuerzas del grupo, hasta que un hombre cayó de bruces y quedó inconsciente. Max y otros jóvenes se turnaron para ayudarlo hasta que por fin llegaron al punto de encuentro. Los esperaban tres camionetas negras tipo Van que, tras cruzar sigilosamente aquellos caminos empedrados, lograron incorporarse a un *Freeway* (autopista) por el que recorrieron al menos cien kilómetros antes de llegar a San Diego.

La casa del *coyote* era un complejo de tres pisos pintado de forma discreta. Adentro, Max encontró decenas de rostros similares al suyo, con ese opaco y ferviente brillo que les daba la esperanza de poder cambiar sus vidas. El llegar a tal sitio significaba tener la mitad del boleto comprado hacia el *sueño americano*, pero aún faltaba repartir a los *mojados* a sus ciudades de destino.

Tras comer un par de fríos sándwiches con soda, el *coyote* trajo dos cajas repletas de ropa nueva para los migrantes, quienes se disfrazaron sin mucho éxito de latinos con residencia estadounidense. Las camionetas Van volvieron a ponerse en acción, distribuyéndolos de forma equitativa hacia el aeropuerto, con periodos de espera de dos a tres horas.

Mientras se cabeceaba en un rincón de la planta baja, Max escuchó su nombre, pronunciado por la rasposa voz de aquel escuálido *coyote* que nunca dormía y parecía tener un talento natural por devorar cigarrillos. Al salir, se sobresaltó al ver el paisaje nocturno de San Diego, antes, por la tensión del momento, había ignorado aquella urbe que se cernía ante sus ojos. Tal era su impresión que no quitaba el rostro de la ventana, el *coyote* le sugirió que pusiera su cabeza entre las piernas porque estaba arriesgando la integridad de todo el grupo.

Por fin llegaron al aeropuerto, sólo para percatarse de que había un operativo, agentes estadounidenses deambulaban los pasillos, el grupo de Max esperó por tres horas antes de entrar. De la manera más natural, Max fue hasta la taquilla, lo único que el *coyote* le había enseñado a decir era “*A ticket to New York City, please*”, pero el tartamudeo y la piel morena de Max echaron todo a perder. Un par de policías se acercaron de inmediato, lo registraron y le hicieron tres preguntas, de las cuáles sólo pudo responder a “*What’s your name?*” Luego de nueve horas, el mojado mixteco estaba nuevamente en Tijuana.

“La situación está muy caliente, hijo, vas a tener que regresar a San Diego y pues... tendré que ir por ti”, le dijo a Max uno de sus tíos que en ese tiempo residía en Oregon. Tras superar la tensión psicológica de la deportación, Max se puso en marcha hasta que logró volver a la casa del *coyote* y esperó durante 20

horas la llegada de su tío, quien manejó por más de mil millas su humilde *Taurus* para reencontrarse con su sobrino después de 15 años de no haberlo visto, cuando Max era apenas un bebé.

El camino de regreso estuvo repleto de los cálidos paisajes californianos hasta que las frías montañas de Oregon los recibieron. A los extremos de la carretera se extendían bosques de enormes pinos y encinos que acompañaron al par de oaxaqueños hasta su hogar. Su tío le insistió a Max que cambiara de opinión y en vez de viajar a Nueva York, se quedara en su casa, pero uno de los objetivos del joven era alejarse de todo contacto familiar y negó aquella oferta de la manera más amable posible.

Por fin llegaron a una discreta casa de madera, Max se dio un baño, se cambió de ropa y recibió un par de billetes de cien dólares, le dio las gracias a su tío y le pidió que lo llevara al aeropuerto. Max abordó el vuelo de las cuatro de la madrugada con destino a Nueva York, la llamada *gran manzana* en que permanecería durante quince años, inhalando las seductoras y peligrosas esencias de todos los vicios y pecados.

* * *

Una isla forjada de concreto y capitalismo, de bullicio y reflectores, un universo de gente e inmensas calles repletas de hostilidad para un joven de 17 años que jamás en su vida había visto siquiera un edificio, eso encontró Max en Manhattan. El miedo lo paralizó al ver tal despliegue de movimiento. Quiso hallar un rostro familiar, una palabra de aliento, pero era demasiado tarde. Sin timón que lo condujera, debía surcar las entrañas de aquel caótico sitio.

Las primeras semanas durmió en un albergue comunitario, acurrucado por murmullos de vagabundos y gritos de alcohólicos y drogadictos. Bajo las tenues luces amarillentas dentro de aquel sitio de paredes enmohecidas, hojeaba con desgana un diccionario bilingüe.



Foto 14 Vista desde Central Park, donde Max solía ir a correr y sentarse a ver el paisaje. Fuente: Google Maps.

Durante el día asumía la rutina de los indigentes, se sentaba en una banca de Central Park y mientras contemplaba un bello paisaje de la reserva ecológica Jacqueline Kennedy Onassis, escuchaba atentamente el acento de las personas, para imitarlo más tarde, durante aquellas noches interminables

en que procuraba desviar el estrujante sentimiento al que lo sometía la soledad.

Pasado un mes, se rodeó del primer grupo de latinos con quienes pudo entablar charla. Se trataba de un puertorriqueño y dos hondureños que lo sacaron del albergue, le enseñaron a ordenar comida en los restaurantes más humildes y se mudó con ellos a un edificio en Hoboken, Nueva Jersey, del cual sólo recuerda un intenso hedor a orina y pescado, proveniente de un negocio de comida asiática.

Cierta ocasión en que aquellos tipos de piel bronceada y acento costeño fueron a trabajar, Max tomó un par de autobuses, viajó por una decena de estaciones del Metro y llegó hasta el Bronx, una zona famosa por incubar delincuencia, prostitución y contrabando de drogas. Max desconocía aquello, se le hizo fácil conseguir otro albergue y olvidarse de sus compañeros, a quienes jamás volvió a ver.

Su primer trabajo fue en un supermercado de primera clase, donde le pagaban cinco dólares por hora. Doblaba turno para poder rentar un pequeño departamento de paredes carcomidas por alguna plaga. Sus vecinos eran familias latinas empobrecidas por el alcoholismo, sus hijos deambulaban descalzos por los pasillos del edificio sin mayor consuelo que el de un añejo caramelo. Al ver aquello, Max recordó su hogar, a fin de cuentas los cientos de kilómetros que había recorrido no lo habían alejado de aquel hostil panorama de Huajuapán.



Foto 15 Dirección aproximada del sitio en que Max vivió por un breve tiempo en Hoboken, Nueva Jersey. Se alcanza a ver un restaurant de comida china y más allá un pequeño complejo departamental. Fuente: Google Maps.

Tras cuatro meses en la *gran manzana*, envió la primera carta a su familia con algunos dólares y una foto en que se le veía sonriendo, de fondo se mostraba la famosa Quinta Avenida. La respuesta fue un puñado de hojas en que sus hermanos mayores le mandaban saludos y le

decían que no se olvidara de ellos, que se cuidara y si era posible, que mandara más dólares porque su padre comenzaría a construir una casa para mudarse de aquel sitio repleto de hormigueros y malos recuerdos.

Aquello estimuló a Max y se propuso conseguir el dinero necesario para edificar la casa, que era el sueño de su madre. Pero justo en esa etapa se encontró con un puñado de mexicanos que vivían en el edificio de al lado, quienes tras una noche de tragos y remembranzas de su país, se volvieron inseparables. Hasta entonces Max había probado el alcohol de forma moderada, pero esa palabra era desconocida para su nuevo grupo de amigos. El joven mixteco fue consumiendo poco a poco los vicios que le ofrecía el Bronx, lugar legendario por fecundar el pecado.

Sin embargo, tal era el ímpetu de Max, que tras cuatro años de trabajar en tiendas departamentales, baños públicos, etiquetador de prendas íntimas y aprendiz de cocinero, logró enviarle a su familia el dinero necesario para edificar el primer piso de una casa que hasta hoy se ha mantenido como el único grato recuerdo que conservan sus padres. Lamentablemente, en ese lapso también se convirtió en un mujeriego adicto al whisky y la arriesgada vida nocturna.

Luego de una seria disputa a golpes dentro del vecindario, que se originó por algunas deudas con el casero, algunos disparos y una mujer desfallecida en las

escaleras a causas de un certero golpe de Edwin, amigo de Max, éste decidió huir nuevamente, nada tenía que hacer ahí, “podré no haber ido a la escuela, pero uno aprende más en las calles, confío en mi instinto”, dice Max, quien aún recuerda la noche en que durmió en un Hotel regularmente decente mientras fraguaba su próxima jugada en la ciudad del pecado.

* * *

A los siete días Max ya se había acostumbrado al chirriar de la piel sintética a las cuatro de la mañana, hora en que se levantaba del sillón por el cual pagaba 80 dólares al mes, dentro del departamento más económico de todo Union City, separado de Manhattan por el río Hudson. Al inicio titubeó un poco pero al percatarse de que aquel sofá era lo suficientemente cómodo y que la renta incluía el agua y la luz, no lo pensó dos veces.

Tenía cinco *roomates* (compañeros de apartamento), dos hermanos costarricenses, un ecuatoriano y un neoyorquino de raza negra que vivía con su novia. Max pensó que aquello justificaba el bajo costo del alquiler, pagó dos meses por adelantado y Nick, aquel afroamericano repleto de tatuajes, se lo agradeció porque tenía deudas pendientes.

El haber vivido en los albergues preparó a Max al agua fría, los constantes ruidos nocturnos y el hecho de no tener privacidad. Por aquel tiempo trabajaba en una pequeña empresa de mudanzas, le pagaban 12 dólares la hora sin seguro de accidentes y Max elegía cuántas horas trabajar, siempre y cuando fueran al menos cinco. Pocos resistían ocho horas seguidas cargando comedores, pesados relojes de péndulo, enormes guardarropas de caoba, camas e incluso pianos, desde apartamentos a tres o cuatro pisos de altura, pero Max era uno de ellos.

Noventa y seis dólares por día, descansando fines de semana, daban un total de al menos 10 mil pesos quincenales que Max gastaba en ropa, mejor comida, boletos para asistir al Madison Square Garden, para ver a su equipo de baloncesto favorito, los *Knicks* de Nueva York y rara ocasión a los *Rangers* de la NHL, la Liga Nacional de Hockey. Además podía acceder a veladas sabatinas con prostitutas

brasileñas, argentinas, costarricenses y en las que más dólares gastaba: las colombianas.

Era su quinto año en Estados Unidos y para entonces a su familia le había quedado claro que la aportación de Max había concluido al darles un techo seco donde dormir. Tras haber caminado hasta el cansancio en aquella interminable llanura en la frontera, tras haber sido deportado, tras haber sentido la tristeza y soledad más estrujantes, por fin Max podía dedicarse a navegar por la ciudad del pecado sin ningún remordimiento, no había normas ni reglas ni límites.

Paulatinamente, sus compañeros de dormitorio fueron estrechando sus relaciones a base de fiestas descomunales en que amanecían al menos 20 personas diferentes cada sábado por la mañana, ya que los fines de semana Nick, el afroamericano que al parecer llevaba la batuta de aquel pandemónium, salía con su novia. Pero como toda rutina descontrolada, aquellas fiestas tuvieron su fin cuando a los amigos de Max se les pasó la mano con la cocaína y continuaron la fiesta hasta el domingo por la noche.

Al entrar, Nick, aún sujetando la mano de su novia, les indicó a los drogadictos que salieran del apartamento de la forma más tranquila, sin gritos, pero



Foto 16 A la izquierda: la famosa Quinta Avenida, a la derecha: interior y exterior del Madison Square Garden, estadio que frecuentaba Max para ver jugar a los Knicks de Nueva York. Fuente: www.nuevayork.net

empuñando una pistola. A las diez de la noche, tras una breve charla con los inquilinos, Nick abrió la ventana del tercer piso de aquel edificio en el número 2608 de Central Ave, arrojó las pocas pertenencias de los hermanos costarricenses y miró inquisitivamente a Max y al ecuatoriano, quienes no dijeron ni una palabra. Nick tomó del hombro al oaxaqueño y le dijo *“don't be a fool, man, this kind of shit isn't for you”* (no seas tonto, hombre, este tipo de mierdas no son para ti), y cerró tras de sí la puerta de su habitación.

Max sentía que Nick lo apreciaba por alguna razón, tal vez por haber tenido una infancia similar, rodeada de golpes y pobreza, lo intentó alejar de los vicios pero la tentación era constante en aquel apartamento.

Cada noche llegaba gente a preguntar por Nick, algunos se sentaban al lado de Max, en el sofá, mientras fumaban cigarrillos de mariguana y esperaban a su *dealer* (traficante de drogas). Max descubrió el negocio turbio de su casero cuando, en cierta ocasión, un asiático tocó violentamente la puerta, gritó cosas inentendibles y comenzó a temblar hasta desmayarse. Max lo arrastró hacia adentro y luego de cinco minutos Nick apareció, al verlo no se inmutó, marcó un número y otro asiático llegó por su amigo inconsciente. *“It's justa cristal overdose, man”* (sólo fue una sobredosis de cristal, hombre, (droga altamente adictiva)).

Sin percatarse, Max había sido el recepcionista de un narcomenudista por casi cuatro años. Eso explicaba la amabilidad de Nick y el bajo costo de la renta. Aun sabiendo el riesgo que implicaba permanecer en el apartamento, Max continuó durmiendo



en el sillón por seis meses más, tiempo en que Nick despuntó en el negocio y el apartamento se infestó de

Foto 17 Max vivió en este edificio, marcado con el número 2608 de Central Ave, más tarde se daría cuenta que aquel apartamento en realidad era una discreta tienda de drogas. Al lado puede verse un taller mecánico latino. Fuente: Google Maps.

drogadictos de todas las clases sociales, desde indigentes adictos a la piedra o

crystal, hasta hombres de traje y corbata que pronto regularon la economía de Nick con grandes ventas de cocaína y heroína.

De haberse ido antes, Max no hubiese conocido a Natalia, una boliviana que llegó al apartamento como acompañante de un grupo de amigos que decidieron visitar a Nick antes de una fiesta. Ella tomó la iniciativa y tras un par de semanas de tratarse, se convirtieron en una pareja que recorrió todo Nueva York gastando el sueldo de Max hasta casi quedarse en la miseria.

* * *

Natalia era una mujer que había sorteado los vicios de la *gran manzana* durante siete años y cuando supo que estaba embarazada, tomó de inmediato las riendas de la relación. Le exigió a Max salir de aquel muladar repleto de drogas y buscar un departamento para ambos y el bebé.

Lo hallaron a unas cinco manzanas. Max re-tapizó las paredes, consiguió un empleo en un restaurant en el que comenzó como mesero y luego de ocho meses, cuando estaba a punto de nacer su hija, llegó a cobrar 70 dólares la hora porque lo ascendieron a supervisor. Para entonces ya tenía ahorrado unos 5 mil dólares que servirían para recibir a Brissa, quien nació un día de marzo del año 2007, pero algo andaba mal en la pareja, el amor había decaído por el intempestivo cambio de su vida repleta de excesos.

No era lo mismo recorrer los bares de la ciudad, embriagarse con las luminarias de antros sin fin, con las pantallas perpetuamente iluminadas de la Quinta Avenida e ir al Madison Square Garden, que criar a una hija y cambiar el chip de adictos a padres responsables.

Mientras Brissa comenzaba a balbucear sus primeras palabras, Max sintió asfixiarse con aquella vida de pareja e inevitablemente regresó a sus antiguas costumbres. Pronto llegaron los problemas, que tras un año se convirtieron en fuertes discusiones que cierta ocasión culminaron en los golpes.

Aquella noche se le habían pasado las dosis de whisky a Max. Abrió la puerta del apartamento y encontró a Brissa llorando, recostada sobre el sofá, a su lado, Natalia veía el televisor. Bastó con que Max se acercara y le exigiera a su novia apaciguar el llanto de su hija, para que Natalia percibiera por enésima vez el ácido aliento de Max y le soltara un golpe que casi lo derriba. “Si tanto te preocupa tu hija, cuídala tú, yo ya no aguanto esta vida”, dijo Natalia mientras preparaba el puño nuevamente.

La reacción de Max fue intempestiva, cegada en gran parte por el alcohol. Sujetó a Natalia del brazo y jalándola hacia él le hundió la rodilla en el estómago, ya que se sintió incapaz de golpearla en el rostro. Ella cayó sin aliento, desde el suelo comenzó a llorar mientras Max deshacía el orden de la sala y el comedor. El llanto de Brissa se mezcló con el ruido de cristales y muebles rotos.

El resto se convirtió en una historia de horror que Max iba recordando tres días más tarde, hundido en la resaca moral y con su hija en brazos, fijando la mirada en la breve ventana del avión que lo traería de regreso a Huajuapán, lejos de aquella inmensa ciudad por la que navegó durante quince años.

* * *



Foto 18 Brissa se quedó perdida entre dos mundos contrastantes, ajenos a su inocencia. Autor: Hugo Pacheco.

Es 2014 y tras cuatro años de haber llegado, Max no logra arrancarse el intempestivo ritmo de vida neoyorquino. De jueves a sábado recorre los bares de Huajuapán buscando entre sus resquicios algo que ahuyente su hambre de adrenalina.

Ahora es peón de albañil, extraña los casi 20 mil pesos a la quincena que ganaba como encargado de un restaurant en Manhattan. Dice que quiere dar clases de inglés en alguna escuela particular para dejar de cargar bultos de cemento que le laceran la espalda, pero no tiene ningún documento que avale sus estudios.



Foto 19 Max y Carlos, su padre, preparan el puesto de tamales y pozole cada domingo. A Max se le ve como aquel niño que se escondía entre los arbustos, huyendo de los certeros golpes de su padre. Autor: Hugo Pacheco.

Brissa juega cerca del terreno repleto de hormigueros y arbustos que guareció la infancia de Max, a sus cinco años no puede hablar con claridad ni el inglés ni el español, se quedó perdida entre dos mundos contrastantes, ajenos a su inocencia.



Foto 20 Max camina con su hija, quien da un brinco y estremece sus coletas, ahora viven lejos de los dólares y los pecados. Autor: Hugo Pacheco.

Max no puede volver a Estados Unidos porque Natalia levantó una denuncia en su contra por maltrato familiar, abandono de hogar y posible secuestro. Aquella noche no pensó que la ley estadounidense castigara cada uno de estos delitos hasta por veinte años de cárcel.

La casa que ayudó a construir sigue en pie, la habitan tres de sus hermanos, quienes en total tienen seis hijos. El joven mixteco se levanta temprano cada domingo para ayudar a sus padres a poner su puesto de tamales y pozole, él ahora ya no camina dos kilómetros para venderlos, sólo se queda sentado a la sombra, con resaca, contemplando cómo su madre se llena las manos de masa y las pone al fuego para alimentar a su familia.

Es medio día en Huajuapán y Max ayuda a recoger el puesto, Brissa le dice a doña Licha, su abuela a quien ve como su madre, que quiere ir a la tienda. Max la toma de la mano, se palpa los bolsillos y dice que no tiene cambio, toma unos cuantos pesos del tenate de su madre y camina con Brissa, quien brinca en el aire haciendo girar su coleta.

“¿Qué me enseñó el viaje? Más bien me hizo comprobar que todo lo bueno de esta vida se acaba, por eso nunca hay que desear o querer tanto las cosas, un día nos morimos y no nos llevamos nada, bueno... yo de por sí ya ni tengo nada, jejeje”, dice Max mientras Brissa le señala un gato que camina sigiloso en un terreno baldío. “Es un gato hija, ¡pelusa, pelusa!... Naaa, pelusa ya está bien muerta... y hacia allá vamos todos”, murmura Max con desgano, quien ahora navega con su hija por este nuevo mar ausente de dólares y pecados.

2.1.2 Dólares y Heavy Metal, una sombría combinación

Destino: California



Foto 21 Juan Rock, de gorra echada hacia atrás y su amigo Jovani, apodado "Satanás", recuerdan viejos tiempos en California. Autor: Hugo Pacheco.

Desde la carretera Panamericana, que cruza diagonalmente la ciudad de Huajuapán, se escucha el bramido de una tornamesa de acetatos a todo volumen. Proviene de un taller de rótulos con la cortina metálica entrecerrada por la que sólo asoma un halo de luz. Se escucha la voz de dos hombres que, luego de beber 15 cervezas, conversan sobre la caótica y excitante época que uno de ellos vivió en Lakewood, California. La música de Heavy Metal, el licor y el tabaco amenizan esta charla de viernes por la noche.

Las paredes del taller hablan por sí solas: hay un rótulo de un alienígena adicto a la nicotina que abraza a un perro de vista poseída, un diablo que destroza cráneos en el purgatorio y una mano que juguetea las cuerdas de una guitarra con una navaja de afeitar. Un fuerte hedor a gasolina, pinturas textiles y cerveza rancia perfuma el ambiente.

El cuarto principal es fácil de distinguir: decenas de posters de bandas de metal se enfilan por doquier, un par de chamarras de piel cuelgan de un anaquel y un

cartón de cervezas medio vacío descansa a los pies de Juan Rock y su amigo del alma, el rotulista Satanás.

Juan Rock es un hombre de 37 años, larga cabellera risada, tatuajes en ambos brazos, voz aguda y rasposa que trata de suavizar con sendos tragos de cerveza y caladas de cigarrillo. Viste una playera negra sin mangas, pantalón de mezclilla y botas robustas. Está sentado sobre un bote, cierra los párpados mientras gesticula frases intangibles dentro de sí al escuchar un solo de guitarra.

Satanás, con una estatura de 1.85 m., un peso que se aproxima a los cien kilos y un rostro de tez morena y ojos rojizos que intimidan, lo invitó para charlar de mujeres y metal, como cada viernes. Pero la melancolía comprimida en las ácidas guitarras y la batería tronante que surge de la tornamesa provocó que la tertulia se desviara hacia otros causes, como cuando hace 20 años ambos soñaban con lanzarse a la aventura y viajar a California por dos sueños: ganar dólares para deshacerse de su mala fama de vagos y, principalmente, vivir y morir en la que era conocida como la meca del Heavy Metal de los años 90's.



Foto 22 Se escucha el sonido de una tornamesa a todo volumen, las paredes están cubiertas por posters de bandas de Heavy Metal. Autor: Hugo Pacheco.

Satanás desentume su robusto cuerpo, se levanta y sube el volumen del aparato, lanza un escupitajo que cae en un inodoro desvencijado a un par de metros y extiende su cerveza hacia Juan Rock, brindan por una canción de la icónica banda británica *Judas*

Priest que les trae recuerdos, se llama *Dreamer Deceiver* (mentiroso

soñador). Juan Rock abre los párpados, echa una larga calada, prepara las cuerdas bucales, se inspira y canta con aguda voz:

We followed the dreamer through the purple hazy clouds

(Seguimos al soñador a través de lasbrumosas y púrpurasnubes)

He could control our sense of time

(Él controlabanuestrosentido del tiempo)

We thought we were lost but no matter how we tried...

(Pensamos que estábamos perdidos y no importó cuánto lo intentáramos...)

Juan Rock se queda mirando el rodar del acetato, toma la delicada puntilla de acero, la aleja y detiene la música, deja su cerveza en el piso y hurga con fervor en un anaquel repleto de álbumes de Thrash Metal, Speed Metal y Heavy Metal. Sus ojos se desorbitan al hallar por fin lo que buscaba: el disco *TheAce of Spades* (As de espadas), de la banda más ruidosa, emblemática y alcohólica de todos los tiempos según la revista *Rolling Stone*: Motörhead.

LemmyKilmister, el vocalista de dicha banda inglesa es el ídolo y modelo a seguir de Juan Rock y su amigo. Con delicadeza, desenfunda el acetato y lo acomoda en la vieja tornamesa. Lo que viene después no es más que la historia de un migrante peculiar inspirado por el Rock And Roll y la ideología de Lemmy, quien aconseja en una de sus célebres frases: “Live fast, die young (vive rápido, muere joven)”. Los recuerdos de Juan Rock esconden una parte oscura y poco narrada que desnuda la vida de un viajero que visitó el cielo y el inframundo narcótico de Estados Unidos.

* * *

Cuando tenía 13 años, Juan desmintió la historia de que su papá había abandonado a su madre cuando él era apenas un bebé. Fue en la esquina de su casa, en la tienda de Don Jacinto, cuando escuchó una nueva versión en voz de un “famoso teporocho”. Al parecer, su padre había sido asesinado en una barranca de la Colonia San Isidro por un hombre que reclamaba una deuda luego de jugar baraja. Aquel día Juan comprendió por qué los vecinos lo veían con rostro lastimero y le alborotaban los cabellos cuando iba a la tienda. “Adiós, Juanito, salúdame a tu mami”, le decían.

Fue en ese período cuando Juan comenzó a escuchar música de Heavy Metal. Conseguir material era complicado, aún estaba latente la época de las cintas o

casetes que se reproducían en polvosas grabadoras afuera de los depósitos de cerveza o se llevaban al hombro, como un extraño símbolo de masculinidad.

Se quedaba noches enteras escuchando álbumes de bandas como Scorpions, Accept, Whitesnake, AC/DC o Kiss. Luego de dos años el Heavy Metal lo había cambiado de forma evidente: se dejó crecer el cabello, compró una guitarra acústica y vestía con ajustados *jeans*, playeras sin mangas y su inseparable chamarra de cuero, salía por las noches a las *tocadas* del barrio, donde se presentaban bandas locales. Cada tres meses venía una agrupación del Distrito Federal, que traía el nuevo material que se estaba escuchando en Estados Unidos, Inglaterra y Alemania.



Foto 23 Satanás, amigo de Juan Rock, se quedó en Huajuapán a convertirse en el mejor rotulista de la ciudad. En la imagen se logra ver uno de sus tatuajes que dicta "Born to lose, live to win" (nacer para perder, vivir para ganar), del músico LemmyKilmister. Autor: Hugo Pacheco.

Juan quedó fascinado luego de ver en vivo a Luzbel, una de las pocas bandas mexicanas de metal que tras años de práctica y malos tragos, alcanzó gran auge a nivel mundial. Con eso comprobó que viajar a otros países y cumplir los sueños era posible con un poco de esfuerzo.

Precisamente en esa *tocada* conoció a su gran amigo Jovani, quien luego de crear una pequeña biblioteca musical y convertirse en un conocedor en materia de Heavy Metal, fue apodado "por algún borracho del barrio" como Satanás.

Aquella era una pareja destructiva en una época anárquica, como bien comenta Juan. "Íbamos a los *toquines*, escuchábamos buena música y había algo en el ambiente que te incitaba a autodestruirte con alcohol, drogas y mujeres, todo era posible". Excepto por un pequeño detalle: no tenían ni un quinto en los bolsillos.

Mientras Satanás trazaba a pincel cruces para sepelios, vacas y cerdos felices de ser cercenados arriba de las carnicerías y las tipografías de sus bandas favoritas,

un tío le enseñaba a Juan el arte de la carpintería. Así pasaron dos años en los que lograron ahorrar 10 mil pesos cada quien y contactar “a un coyote medio *pirata*”.

Pero los “Sadwings of destiny (tristes vientos del destino) nos tenían algo preparado”. Juan tiene la costumbre de no poder entablar charla sin mezclar ideas con canciones y bandas. Sí, el destino se encargó de que cierto día Satanás cayera de una escalera mientras rotulaba una mueblería, a tres metros del suelo. El saldo fue una mano fracturada a escasos doce días de partir hacia Estados Unidos.

Luego de consultar “a un huesero que me sacó 2 mil *varos* y un doctor tranza”, Satanás quedó inmovilizado por un yeso que le impedía correr hacia la salvaje vida escondida entre el metal y los dólares. Ambos sabían que el sueño californiano sólo estaba destinado para uno de ellos. La charla se resumió en un “cuídate pinche Juan, nada de que me esperas, mejor lánzate y yo te alcanzo en unos meses, sólo ten listas las chelas”. No se volverían a ver en 10 años.

* * *

Luego de dos días de mendigar por Palm Springs, una costosa ciudad rodeada por casas y autos de lujo, Juan presintió que su viaje de semana y media había valido la pena, las desoladas calles de Huajuapán quedaban atrás para darle paso a las pulcras aceras repletas de mujeres en short y blusas ligeras. El seco y asfixiante sol de su tierra ahora se convertía en una húmeda calidez que nunca antes había sentido, Juan conocería el mar de California antes de haber pisado las playas de Oaxaca.

Tras cruzar la frontera de Mexicali sin mayor problema, decidió ir descubriendo a Estados Unidos de a poco a través de la ventanilla de un autobús. A sus 17 años y sin mayor responsabilidad que pasarla bien, sentía que tenía tiempo de sobra para llegar al santuario del Heavy Metal.

Aquí nadie lo señaló como un vago ni criticó su apariencia. Eran los 90's en sus inicios, por ello, envuelto en su larga cabellera esponjada, pasaba desapercibido como un *beachboy* (chico de la playa) más. Tras repasar unas cuantas frases en inglés y presentarse ante una decena "de *gringos* buena gente", consiguió empleo como encargado de una ferretería, cerca de una tienda de discos y casetes a la que visitaba a diario para devorar toda la música de la que había sido privado en Huajuapán.

Durante medio año se acostumbró a un ritmo de vida relajado pero sin mayores metas que trabajar, comprar discos y beber a solas de vez en cuando. La ausencia de su amigo se encajó lentamente en su vida. "Sin ese güey ya no era lo mismo", se dijo, cierto día en que decidió abandonar Palm Springs y tomar otro autobús, arriesgándose a recorrer más kilómetros dentro del país vecino y encontrar "el famoso lugar que según las revistas de metal olía a drogas, cuero y sexo en las calles".

Riverside, Ontario, Fontana, Pasadena, ciudades que Juan recuerda como trozos de películas que se empalman en su mente mientras escupe el humo de su cigarrillo y sigue escuchando a Motörhead. Los años y los oficios fueron sucediéndose con tal rapidez que cuando se percató, Juan ya había cumplido 21 años y tenía una biblioteca musical digna de un melómano metálico salido del lugar menos pensado: la Mixteca oaxaqueña.

Por esos años el dinero no le obsesionaba, con un buen estéreo y un frigobar repleto de cerveza le bastaba la vida. Pero llegó el amor "y todo se fue al carajo, o al revés, ya ni sé", comenta Juan, mientras canta *Love me like a reptile* (ámame como a un reptil), compuesta por LemmyKilmister. Karla, con el cabello teñido de rubio, piel canela y dueña de las mejores piernas de California, según estimaciones de Juan, conoció al *rockero* en un bar que visitaba por recomendación de un amigo.

Al fondo había una rockola, Juan echó 25 centavos al aparato y en unos segundos la enigmática voz de David Covardale inundó aquel tugurio disfrazado de bar. Al

filo de un banco, Karla – anchas piernas cruzadas, labios matizados con falso carmín y luz de neón, hombros desnudos y arqueada espalda – miró en seguida a Juan.

Ella traía una playera de la banda Whitesnake, cuyo vocalista era Coverdale, la canción: *IsthisLove*. Ambos entendieron el mensaje de inmediato. Luego de dos horas de charla y discretas caricias, terminaron la noche en un motel de mala muerte “... esa Karlita era otro pedo, pinche Satán”, le dice a su amigo, mientras continúa con versos indecible para aquella mujer que fue el primer amor del *mojado* Juan.



Foto 24 Apartamento de Lakewood, California, en que Juan vivió una de las épocas más caóticas y repletas de vicios. Fuente: Google Maps.

A la mañana siguiente ella le explicó que se había escapado de su casa, que su familia era de México, de un tal estado de Michoacán, pero que ella nunca había ido, que tenía residencia americana y deseaba viajar a Los Ángeles porque iba a haber un concierto de *Black Sabbath*. Ya sea por aquellas pastillas que le había hecho tragar Karla o porque era tiempo

de cumplir su primer sueño, Juan metió sus escasas pertenencias en una vieja maleta, vendió el frigo bar por 20 dólares y compró un par de boletos que lo llevarían a un sitio donde se juntarían el *Heaven and Hell* (el cielo y el infierno, álbum de *Black Sabbath*) para el joven Juan.

* * *

El autobús los dejó en Lakewood. De la mano, fueron hacia un bar donde concurrían amantes del Heavy Metal. Al entrar descubrieron un sitio que la pareja vislumbró como su hogar y que cualquier persona ajena a tal concepto lo calificaría de hostil y extremadamente peligroso.

De inmediato les informaron que *Black Sabbath* de ninguna manera tocaría en Los Ángeles. Pasadas cuatro horas, Juan y Karla habían sido invitados a una fiesta en Cedar Street, Bellflower, en un breve complejo de apartamentos.

Juan recuerda pocas cosas de aquella noche, excepto que de alguna forma había ingerido marihuana, cocaína y sendas dosis de metal, al lado de drogadictos que poco amaban la música “pero bien que esnifaban, los culeros”.

Con los últimos dólares que Juan había ahorrado, le compró un boleto de regreso a Karla y le explicó que aquella vida no era para ella, que debía volver con su familia y que se verían a menudo, en los veranos. Karla se negó, le dijo que ya era una mujer adulta y que a él poco debía importarle su futuro, tras aquello, se perdió en las calles de Lakewood por siempre.

Para mantener sus nuevos vicios, Juan trabajó en una farmacia, en otra ferretería y en un supermercado hasta que consiguió un empleo regular en su especialidad: la carpintería. Rentó el apartamento más económico de aquel complejo que había conocido el día de la gran fiesta y comenzó a rodearse de la realidad americana.

“Era como un México pequeño, de tanto latino y paisano hasta parecía que estaba en mi pueblo, sólo que más chingón”. Cada fin de semana iba a conciertos a los que anteriormente sólo había asistido en sueños, se embriagaba hasta perder el conocimiento y hacer explotar alguna bocina de su estéreo. Terminaba las veladas con un grupo de vecinos que cierto día, escuchando a *Celtic Frost*, una banda de Black Metal, de sonido más denso que el Heavy, le extendieron una jeringa con un líquido amarillento que Juan clavó en sus venas para no dejarlo durante los siguientes tres años, mismos que le enseñarían que la heroína no era cosa de juego.

Cumplido su primer sueño, ahora la ambición de Juan exploraba nuevos horizontes. Los billetes verdes comenzaron a ser parte fundamental de su vida y no existía forma más sencilla de acumularlos más que propagando su placer hacia nuevas venas: Juan pasó de ser carpintero a *dealer* (negociante de drogas) en un abrir y cerrar de ojos.

A las pocas semanas de inaugurar su negocio, compró una camioneta Ford que revolucionaba hasta las 90 millas por hora y tapizaba las calles de California con ácidas guitarras y tronante batería, proveniente de un estéreo en el que Juan había gastado mil dólares. La carpintería quedó atrás, junto con otros oficios que quiso borrar de su mente luego de que los dólares comenzaron a nutrir su antes famélica billetera.

Juan tenía un mapa de las principales expendedoras de droga y los sitios en que nunca debía repartir para evitar conflictos. Su horario comenzaba a las nueve de la mañana, cuando las patrullas deambulaban somnolientas. Montado en una bicicleta o con patines, visitaba a sus clientes y seducía a otros brindándoles una dosis gratis de cocaína “una cantidad mínima, suficiente para que la pasaran bien pero no para quedar satisfechos”, dice Juan, con una extraña seriedad en su rostro.

Paulatinamente fue dejando las entregas y convirtió a su departamento en una pequeña sucursal de estupefacientes. Ya no tenía que salir a las calles y arriesgarse a ser deportado. Las ventas iban al alza y para celebrarlo Juan preparó una fiesta cuyo plato fuerte era un exquisito coctel de enervantes. Hasta la fecha había respetado la regla emblemática de los *dealers* de no consumir su propia mercancía, pero aquella noche era especial.

Cerca de las dos de la mañana, Juan se quedó a conversar con una pareja que vivía al lado y también se dedicaba al turbio negocio, eran viejos amigos de cuando llegó a Lakewood con Karla. Ellos le habían presentado a otra amiga con la que Juan se había entendido *bastante bien*. Los cuatro se sentaron en el piso mientras el amigo de Juan hurgó en su chamarra, extrajo una pequeña bolsa con algo similar a una roca blanquecina, limó un poco, la metió en una lata de cerveza con agujeros, sacó un encendedor de su bolsillo y acercó el menjurje a su boca, todo ello en menos de un minuto.

La lata aún estaba caliente cuando Juan inhaló su primera dosis de crack. “Es como todos dicen: la mejor sensación del mundo... pero la más destructiva”.

Luego de aquella noche la vida de Juan tomaría un giro de 360 grados. Comenzó a fumar crack o piedra, como es conocida en México, tan compulsivamente que sus allegados lo apodaron Juan Rock, pocos saben el verdadero origen de aquel apodo que cualquiera relacionaría más con la música.

Las metanfetaminas también entraron en el ahora fantasioso universo de Juan Rock, culminando la devastación que tanto deseaba. Sexo, drogas y Rock and Roll era nada comparado con lo que él tendría cada noche durante años en su departamento. Los recuerdos de los conciertos a los que asistió se fueron acumulando como en un álbum fotográfico digno de un archivo policiaco.

Pasaron tres años de riñas, golpes, navajas de afeitar dividiendo líneas de cocaína, píldoras azules, verdes y grises, venas cansadas de tanto ser penetradas y una sinfonía perpetua de incondicional Heavy Metal. Había llegado a la meca, ahora vivía un sueño americano que no tardaría en convertirse en un *DreamEvil* (maligna pesadilla).

Cierto día se enteró de que DIO, una de las más grandes bandas de Heavy tocaría en el WarfieldTheatre, en San Francisco, pero sólo tenía dos días para llegar hasta el sitio y conseguir un boleto. Con el departamento repleto de mercancía y los clientes esperando, Juan Rock decidió dejarlo todo y pisar a fondo el acelerador de su Ford, esnifando insanas cantidades de cocaína para mantenerse despierto y evitar una brutal muerte tras el volante.

* * *

Luego de haber cumplido su segundo sueño, era tiempo de pagar las cuentas pendientes con el destino, que hasta ahora había sido tan complaciente. Tras volver de San Francisco, abrió su departamento para descubrir que se encontraba vacío. Los vecinos tenían fiesta, Juan supuso mil cosas en cuestión de segundos. Recordó comentarios de colegas y clientes que le habían asegurado que su amigo de al lado era poco confiable. Juan sabía que podía ser cierto pero como no había

permitido que la sobriedad entrara a su vida desde hace meses, había perdido el sentido de la realidad, “si es que eso existe”.

Las risas de sus vecinos al ver su rostro afuera de su apartamento confirmaron sus sospechas. Juan Rock, repleto de dopamina (droga natural que expulsa el cuerpo tras consumir cocaína), fue hasta la parte trasera de su camioneta, extrajo una pistola 44 magnum automática y esnifó tres veces más, subió las escaleras sonriendo con maldad, azotó la puerta de su vecino y se encontró con un grupo de al menos 20 drogadictos dispuestos a saltarle encima ante el menor movimiento.

Apuntó la magnum hacia el cuerpo del que creía era su amigo y tras dos segundos sintió una fuerte punzada en la cabeza que lo paralizó a tal grado de no recordar nada luego de dos días de hospitalización, tiempo que tardaría en recobrar el conocimiento tras una sobredosis.

Juan Rock había pisado el umbral de la muerte. El recobrar la vida en tan dramáticas circunstancias hubiese supuesto un motivo de júbilo, pero al volver a su destartalado hogar supo que si no se largaba de inmediato no habría segunda oportunidad. Los vecinos y viejos clientes lo rastreaban con miradas poco amigables. Tras su viaje a San Francisco y el robo de mercancía, había dejado a un puñado de drogadictos dispuestos a cortarle la garganta a cambio de un gramo de cocaína o una dosis de heroína, pero Juan se había quedado en bancarrota. “Esos vagos se cobraron hasta con mi camioneta, carnal”.

Luego de un disparo nocturno que atravesó su puerta principal al mismo tiempo que una demoniaca carcajada, Juan Rock, por primera vez en diez años de ser indocumentado, recordó a su madre, a su amigo Satanás y a su amada *Tierra del Sol* con melancolía. El famoso *bajón* de las drogas sintéticas drenaban sus más sinceros sentimientos, la paranoia se apoderaba de su cuerpo y un sudor helado lo hizo sucumbir ante la idea del suicidio, desintoxicando su cuerpo de forma casi milagrosa.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, hizo un par de llamadas, comió atunes enlatados por dos semanas y desde otra inmensa ventanilla de autobús, se

despidió del *Heaven and Hell* californiano, con rumbo a Huajuapán de León, Oaxaca.

* * *

Ahora un acetato de la banda canadiense *Anvil* baila sobre la tornamesa, al tiempo en que Juan Rock y Satanás truenan las latas de cerveza en el aire. El álbum *Hard and Heavy* omite la seriedad y dramatismo de la historia que Juan Rock acaba de contar, pero no impide que su pensamiento y mirada vaguen luego de semejante remembranza.

“Nunca te metas crack, neta, ¡nunca!” Juan Rock cambió aquella mortal droga por cigarrillos y litros de cerveza, el cual es uno de los mejores destinos para pacientes que se han salvado de las garras de un estupefaciente que pudre la mente a tal grado de convertir en adictos a millones de consumidores tras la primera dosis, quienes fantasean con volver a sentir aquella mágica sensación “mejor que cualquier orgasmo”.

Satanás cuenta en breves minutos que en esos diez años él se dedicó a perfeccionar su técnica y que ahora es un as con el pincel y el aerógrafo, que



Foto 25 Expresiones y recuerdos, un collage de Juan Rock. Autor: Hugo Pacheco.

nunca ha probado las drogas sintéticas y nunca lo hará. Con una breve palmada en la espalda de Juan Rock expresa el cariño de un rudo amante del Heavy Metal hacia su amigo.

El reloj marca las 23:30 hrs. de un sábado que comienza a nacer. Afuera del taller, el caótico tráfico de viernes por la tarde se ha convertido en una serie de motores que se precipitan por la avenida Panamericana que le traen recuerdos a Juan Rock, quien esconde su rostro ante la cámara, sonrío, festeja la vida a su manera y vuelve a subir el volumen.

Juan Rock termina su última cerveza de forma súbita, derramando el líquido por su barbilla. Dice que debe ir a casa porque su esposa seguramente está molesta, que mañana él cuidará de Paola, su hija de tres años que milagrosamente nació sin complicaciones médicas. “Eso es suerte carnal, demasiada como para desperdiciarla”, dice, mientras insiste en que nunca volverá a Estados Unidos, “ni por cien mil dólares, yo puedo decir que viví la mejor época que ese pinche país pudo haber dado al mundo y con eso me quedo, lo demás son dólares y drogas”, dice, mientras echa una carcajada.

Ambos salen tambaleándose del taller y aspiran profundamente el aire nocturno. Satanás se despide de su amigo, lanza un fuerte chiflido y un taxi se detiene, “me lleva al infierno, por favor”, le dice al conductor, con un volumen de voz suficientemente alto para que Juan Rock lo escuche y vuelva a reír sin poder parar hasta que el taxi se pierde por la avenida. Juan Rock suspira aliviado mientras recuerda que mañana sólo trabajará medio día en su carpintería, sube a su bicicleta y se tambalea en el asiento, continúa cantando con un acento inglés casi perfecto mientras se adentra en la espesa oscuridad de la noche.

Realidad: el yugo de la miseria familiar

2.1.1 Un sueño a la deriva, en la frontera

Destino: Maryland



Foto 26 Fila de albañiles, plomeros y pintores de “brocha gorda” que cada mañana se plantan frente a la catedral de Huajuapán en busca de un empleo que tarda en llegar. Alejandro es el séptimo, de azul, quien espera al lado de Miguel, su sobrino. Autor: Hugo Pacheco.

*U*na serie de bicicletas se enfilan afuera de la catedral. Son las ocho de la mañana y siguen llegando. Son conducidas por hombres somnolientos que se espantan el cansancio encendiendo cigarrillos y charlando. Así, contándose anécdotas de otras épocas y pasando de mano en mano el tabaco que ya se ha convertido en colilla, esperan.

Las nubes se dispersan para darle paso a los rayos matinales, que caen directo en los ojos entumecidos de aquellos hombres que bostezan, ríen, escupen, maldicen y siguen esperando a un cliente que no llega, que camina rápido y con temor por aquella fila de extraños con ropas desgastadas y miradas de desvelo, cansancio y

resaca. Ellos son su propia publicidad, la más económica y directa para decirle a la ciudad de Huajuapán que no hay trabajo.

En aquel grupo hay de todo, desde el pequeño comerciante que se quedó en bancarrota, hasta el más experimentado *mil usos*. Entre éstos

últimos destaca Alejandro Ramírez: de figura corpulenta, anchos hombros lustrados por una leve

capa de sudor, pómulos y quijada de boxeador, ojos rasgados con venas rojizas y piel galvanizada de ébano. Se cruza de brazos al ver que ya son las once y el anzuelo no ha picado ningún cliente, exprime una colilla con la suela de su bota y maldice frente a la catedral.

Alejandro, enjaulado en ese ambiente de tráfico recalcitrante frente al mercado Porfirio Díaz, viendo pasar a los incansables niños pidiendo limosna, pensando que no tiene dinero para alimentar a su familia, explota al percibir cómo los cláxones retumban en sus tímpanos y vuelve a su hogar con la mirada gacha.

Luego de dos días, logra conseguir un trabajo. Con un sombrero de paja, un short holgado y una camiseta deslavada del PRI, se sube al techo de una casa de dos pisos y en medio del sol recalcitrante y seco de Huajuapán, se hinca, martillo y mazo en mano, para destrozarse la sucia loza y limpiar el moho de las goteras, mientras Miguel, uno de sus sobrinos, con el dorso desnudo, prepara la mezcla.

Luego de cuatro horas, se pone un cubrebocas para comenzar a impermeabilizar el techo con una espuma de olor ácido que casi le perfora las fosas nasales y lo deja en un estado entre la somnolencia y la hiperactividad.



Foto 27 Alejandro impermeabiliza el techo de una casa, el reflejo blanquecino le irrita los ojos y el hedor le provoca jaqueca. Autor: Hugo Pacheco.



Foto 28 El sol recalcitrante de la Mixteca se funde en la espalda de Miguel, sobrino de Alejandro. Autor: Hugo Pacheco.

Sujeta fuertemente el rodillo y comenta que luego de tanto pensarlo, ha decidido cruzar la frontera nuevamente, pese haber sido deportado hace apenas cinco meses. Mientras barniza el techo de blanco, toma un respiro para contemplar el cielo neblinoso de Huajuapán y se queda absorto en sus recuerdos, que confluyen con los bellos paisajes que contempló hace dos años en Maryland, Estados Unidos.

* * *

En 1980, Alejandro era el tercer hijo de un joven matrimonio que vivía bajo un techo de lámina y cuatro paredes de adobe, que alimentaba a siete bocas más a base del esfuerzo del jefe de la casa, Raimundo, quien era el mejor mecánico de la colonia Guadalupe, en la entonces pequeña ciudad de Huajuapán.

Fue tan breve el tiempo que aquella familia estuvo completa que Alejandro ni siquiera lo recuerda. Su padre murió cuando él tenía cuatro años, o al menos eso le dijo doña Rocío, su madre. Tiempo después, se enteraría que en realidad don Raimundo cierto día se fue para el Norte y ya nunca volvió.

Alejandro desconocía el rostro de su padre, pero siempre conservó un par de billetes doblados en forma de triángulo que su madre le había dado, eran sus “dólares de la suerte”, la única herencia de Alejandro y la única posesión material que tendría si no comenzaba a trabajar cuanto antes, ya que es complicado que una familia tan numerosa sobreviva sin el principal sustento económico en Huajuapán.

A los siete años, Alejandro cargaba una pequeña caja de madera y se hincaba cada 10 metros a lustrar zapatos en el Palacio Municipal. A los 12 ya había tomado sus primeras clases de mecánica, las cuáles consistían en una serie de

regaños y golpes frente a los vehículos y sus dueños, “porque sólo así entendía cómo hacer bien las cosas, y pues sólo así mi iba a pagar mi tío”. A los 18 ya sabía pegar tabique, rebocar paredes, poner piso, pintar, impermeabilizar y destapar los inmundos desagües de las calles.

Cierto día, cuando Alejandro regresaba a casa manchado de pintura, luego de la remodelación de un banco, encontró a su madre llorando en la mesa frente a su hermano mayor, Ricardo, de 25 años. Alejandro pasó de largo hacia su habitación y de soslayo escuchó las razones del llanto: su hermano se iría de *mojado* a Estados Unidos y su madre nada podía hacer porque el pacto con el *coyote* estaba más que listo; partiría en una semana.

Esa misma noche Alejandro platicó con su hermano, quien le dijo “yo me largo carnal, les estaré enviando dinero, acá no consigo nada”, para lo cual Alejandro respondió “pero tú no le pediste permiso a mamá, más bien le “informaste” que te ibas, eso no se hace”. Ricardo, alzando la voz, respondió “mira carnalito, por si no te has dado cuenta, vivimos de la chingada, el poco trabajo que hay es de chalán, yo ya tengo una hija y una esposa que mantener, no tengo de otra, no hay de otra, ¿Ok?”

Alejandro acompañó a su hermano a tomar el autobús que lo llevaría primero a la Ciudad de México y luego hasta Tijuana. De regreso a casa, Alejandro vislumbró aquel mundo al que se enfrentaría su hermano, la travesía que debía cursar para darle una mejor vida a su familia.

Recuerda que repentinamente sintió un gran temor al imaginar a Ricardo desfallecido en la frontera, sediento, con los pies ardiendo de cansancio, pero supo que su hermano sería capaz de superar eso y más, años de trabajar como peón le habían servido de entrenamiento.

No descansó hasta la octava noche, cuando Ricardo marcó a la casa para decir con euforia: “¡Ya estoy del otro lado!” Pasaron los meses y comenzaron a llegar los dólares, que a pesar de ser pocos, servirían para darle educación a su hija.

Alejandro fue testigo de los efectos bondadosos del *Sueño Americano*, veía a su sobrina crecer con mejores oportunidades que muchos niños de Huajuapán, quienes se dedicaban a pedir limosna o trabajaban de *cargabultos* en los mercados. Así pasaron dos años, hasta que cierto día Ricardo llamó para decirles que ya no aguantaba el ritmo de vida, que extrañaba su tierra y que mejor se regresaba. Su esposa le reprochó tal decisión y su madre se sintió feliz y preocupada a la vez, ya que le dijo “pero si te regresas, ¿cómo vas a mantener a tu familia?”

Ricardo llegó con 3 mil dólares y cientos de anécdotas que se fueron consumiendo en noches de tragos y desvelos al lado de Alejandro, quien escuchó atento lo que narraba su hermano. Fueran verdad o mentira las historias, el hermano menor quedó encantado, fue justo en ese momento en que surgió el sueño de Alejandro.

* * *

Tres meses tardó Alejandro para juntar quince mil pesos, mismos que le darían el boleto hacia Tijuana y el primer pago al *coyote*. Contrariamente a los *mojados* con quienes había platicado, él se encontraba entusiasmado, incluso feliz al saber que por fin partiría para ganar cientos de dólares y ayudar a su familia “y en una de esas, hasta comprarme un carrito”.

La historia se repetía pero ahora Ricardo era el encomendado a darle el mejor consejo a su hermano “no te metas en problemas, tú a lo que vas, que te ofrecen una línea de coca: nada; que una vieja se te encima: nada. Tu mente debe estar clara y fija en lo que quieres, sino, esa pinche vida te va consumiendo”.

Alejandro asintió y subió al autobús. En ese momento no comprendió tales palabras, pensó que su hermano sólo lo estaba espantando, que nada malo podía ocurrir, que él no se mostraría débil ante la lejanía, pero, mientras contemplaba el camino nocturno a través de la inmensa ventana, le intrigó que Ricardo sólo hubiese soportado dos años. Se durmió pensando en ello y en que correría con todas sus fuerzas al cruzar la frontera: nada ni nadie lo detendría.

En medio de la nada, absorbo en el temor que le provocaban los ruidos nocturnos de posibles serpientes y alacranes, Alejandro sintió que se le hundían los pulmones de frío. Una mano se mostró frente a su rostro, “levántate, ya es hora”, escuchó que la voz femenina le decía. Abrió los ojos, frente a él, una joven de cabellos alborotados y mirada preocupada le indicaba que los demás acababan de partir.

Alejandro volvió en sí, recordó que el grupo de migrantes había tomado un receso de 20 minutos para continuar la caminata. Miró sobre sus hombros y un desértico llano se abrió ante él. La escasa luz de la luna le mostraba una ruta empedrada, cuyas hondonadas escondían miles de amenazas; le bastaba ver aquello para saber que podría morir sin que a nadie le importara. Se incorporó y continuó la interminable marcha al lado de Sara, una joven del Estado de México.

Lo demás fue como una fugaz pesadilla que ha querido olvidar sin éxito desde entonces. Sólo recuerda que en cierto momento, una pareja veracruzana se retrasó demasiado porque la mujer al parecer estaba embarazada y calló tendida en el suelo, el grupo esperó cerca de una hora, pero al ver que o eran ellos o aquella mujer desconocida, decidieron partir, rogando que aquella pareja fuera encontrada por la migra.

Como quien sobrevive a una sentencia de muerte, así Alejandro abrió los ojos un día de abril para percatarse de que al fin había llegado, sus gastados tenis pisaban el suelo de un hotel en Houston, Texas. Pero aún faltaba un largo recorrido hasta Maryland, la tierra que tanto le había presumido su hermano, ese sitio donde un mixteco sin recursos puede hacer una pequeña mina de dólares.

* * *

Bordeada de vegetación, lagos, ríos y cielos púrpuras, Maryland era como el sueño más hermoso que jamás se había presentado en las noches de Alejandro. “Otro pedo, muy, muy bonito, hasta dan ganas de ser gringo *papoder* vivir sin estarse escondiendo”. A los 19 años, Alejandro había recorrido más de 3 mil kilómetros para hallar un tranquilo sitio rodeado de grandes residencias con

alberca, campos de golf y parques estatales por doquier, luego de dos semanas de haber partido y cruzar casi dos países, había llegado a Ellicott City, lugar que nunca olvidará no sólo por buenas razones.

El número de migrantes mexicanos en Maryland es escaso, ya que la mayoría prefiere buscar empleo en grandes ciudades como New York, Washington o Baltimore. Ese fue el gran acierto de Alejandro, ya que en lugar de estar peleando el trabajo diario con sus paisanos en aquellas ciudades, ahora tenía el camino libre para dedicarse a lo que él quisiera, y como en Huajuapán se había ganado la reputación de *Mil usos*, término que antes le parecía peyorativo y que ahora poco le importaba, tenía mil ases bajo la manga, mil formas de hacer dólares.



Foto 29 Este fue el hogar de Alejandro durante la época en que vivió en Maryland. Oculta tras arbustos, esta zona el sitio ideal para realizar actos de contrabando, algo que Alejandro ignoraba. Fuente: Google Maps.

Durante la primera semana se hospedó en un motel a punto de colapsar, con sábanas grises, agua helada e inimaginables plagas que le impedían dormir, hasta que encontró una pequeña cabaña rodeada de árboles en

ManorLane, No. 4666, alejada al menos por un kilómetro de todo rastro de civilización. Los últimos

tres números no le impidieron dormir tranquilo luego de dos semanas de sumergirse en un catre que terminó con su columna, “yo no soy supersticioso, tenía que encontrar un lugar rápido y ese me gustó”.

Habituado a ver montes pelones a las afueras de Huajuapán, Alejandro estaba fascinado al levantarse cada mañana y contemplar una arboleda a la que su vista no le encontraba fin. Escuchando canciones de Los Bukis, “Chente” Fernández y música de banda, se levantaba a las seis de la mañana para ir en busca de trabajo, en busca del comienzo de su gran sueño.

Nada de diarios ni anuncios que buscaran trabajadores, Alejandro tocó puerta tras puerta hasta que sus pies se hartaron de tanto asfalto, pero a los tres días tenía cerca de diez ofertas. ¿La labor? Desde pintar una habitación para el bebé que daría a luz “una güera bien bonita”, hasta cambiar postes de luz. Eligió el primero por la sombra y la comodidad.



Foto 30 Senda que Alejandro recorría a diario en su vecindario camuflajeado por pequeños árboles. Fuente: Autor.

Cada día se iba haciendo de nuevas mañas para tener contentos a sus patrones. Pintar casas para él era lo más fácil, no podía creer que le pagaran 300 dólares por semana, casi cuatro mil pesos mexicanos por estar en la sombra delineando trazos a sus anchas, era algo tan sencillo que prefirió poner cara de cansancio y decirles a sus jefes: “toohardthisjob eh, toohard, but I can, I can” (este trabajo es difícil, muy difícil, pero yo puedo, yo puedo), y siempre obtenía como respuesta un enorme vaso de soda, un palmada en la espalda y la promesa de un posible aumento.

Cada quincena, Alejandro iba sin falta a depositar al menos la mitad de lo que ganaba a la cuenta de doña Rocío, quien le marcaba una vez por semana. Le contaba que Ricardo andaba sin chamba, que su sobrina faltaba mucho a clases, que le daba mucho gusto que se acordara de ella y no fuera como tantos hijos que se olvidan de su familia una vez que comienzan a ganar billetes verdes.

Alejandro le respondía que conseguiría un mejor trabajo para ayudar a Ricardo en lo que pudiera y que doblaría turnos con tal de que su sobrina siguiera estudiando. Las breves charlas siempre culminaban de manera forzada por el llanto de doña Rocío, quien se deshacía en bendiciones para su hijo.

La brocha gorda le ayudó a Alejandro para hacerse de fama entre los amigos de sus clientes. Pronto cambió la pintura por el cemento y luego por los motores de

autos, pero el idioma le seguía complicando la vida laboral. Nunca podría aspirar a algo más si no aprendía a hablar inglés. Por ello, pasaba las noches y madrugadas viendo películas en inglés, haciendo pequeñas anotaciones sobre frases y formas concretas de pedir las cosas.

Alejandro recuerda que durante el primer año y medio de vivir en el país vecino le fue de maravilla, haya sido por las bendiciones de su madre o por mera suerte y azar: encontró a un patrón que le ayudó con la pronunciación a cambio de sacar a sus perros tres veces por semana; una vecina le obsequió un diccionario bilingüe; un paisano de Oaxaca le enseñó a conducir y a beber en buenos sitios, y una joven de nombre Angélica, le enseñó a besar y a salir a bailar cada viernes, le mostró por vez primera la razones de ser feliz al lado de su piel y también le regaló el obsequio máspreciado de su vida, el de ser padre a sus 21 años.

El primogénito se llamó como su padre. Nació una noche de agosto en que el inexperto Alejandro por poco se desmaya del miedo y la emoción. La pareja y el bebé se acomodaron en la pequeña cabaña. Alejandro le dio la noticia a su madre, quien respondió de forma un tanto brusca: “pues tú sabes lo que haces, yo tengo que conocer a esa mujer que te embobó, ahora mira nada más qué responsabilidad te acabas de echar encima. Ay mijo”.

Alejandro calmó la tensión de su madre diciéndole que ahora ganaba mil dólares a la quincena, que a su familia nada le faltaría y tampoco a doña Rocío, quien sucumbió al amor de abuela tras los primeros balbuceos de su nieto por teléfono.

Angélica se ganaría el respeto de su suegra cinco meses más tarde, cuando en medio del humo sofocante del bracero, en el patio de la casa de doña Rocío, en Huajuapán, habló del sueño americano que se convirtió en pesadilla “por azares del destino, si todo iba tan bien”, dijo Angélica, quien no sabía ni hacer una tortilla a mano por haberse dedicado siete años a lavar ropa ajena y a cuidar bebés *gringos*.

* * *

Todo sucedió una tarde dominical en que Alejandro veía el fútbol americano acompañado de un par de amigos que había conocido en un taller mecánico. Recuerda que primero se escucharon cuatro disparos simultáneos que le erizaron la piel. Después, una ráfaga de tiros se sintió a poco menos de 50 metros de la cabaña. La tensión estalló cuando un par de balas penetró por la pared lateral, al lado de la cocina, y deshizo unos platos mal colocados. Ahí estaba Angélica preparando un refrigerio. El grito de la mujer hizo que su esposo se retorciera de preocupación y corriera hacia ella, gritando “¡¿Y el niño?!”

El pequeño Alejandro gateaba sobre la sucia alfombra en la entrada de la cabaña. Luego de recogerlo, su padre abrió sigilosamente la puerta y vio cómo las siluetas de un par de sujetos pasaron rápidamente a escasos tres metros de su hogar. Menos de cinco minutos más tarde, cuatro patrullas acordonaron el sitio y lanzaron más disparos. Ahora Alejandro sabía el porqué de la baja renta de la cabaña; encerrada entre matorrales y grandes copas de árboles, era el sitio perfecto para cualquier traficante o secuestrador. “Parecía una película, así como en la tele. Ahí nada de fianzas o mordidas para los *ratas*, sino puro plumazo limpio y seco, camarada”, recordaría Alejandro años más tarde.

Tras el caótico evento, que resultó ser el arresto de unos presuntos narco menudistas de anfetaminas, la policía de Maryland realizó una serie de cateos por la zona. Los amigos de Alejandro, que también eran ilegales, le aconsejaron que mejor se fuera a vivir a otro lado. Él les respondió con una decisión sorpresiva: mejor se regresaría a México, ya había visto suficiente y el dinero ya no era un impedimento porque su cuenta ascendía a “bueno, no es que no les tenga confianza, pero tengo varo, no se preocupen”, les dijo.

* * *

La joven familia arribó a la ciudad de Huajuapán una madrugada gélida de noviembre, pasarían la navidad junto a doña Rocío y después decidirían cómo solventar sus gastos. “Todo pasa por algo, habrá que ver cómo salen las cosas”,

le dijo su esposa al joven mixteco, quien sabía que 120 mil pesos se van como agua si no se saben administrar.

A pesar de aquello, Alejandro gastó la cuarta parte de sus ahorros en regalos y en bares, donde les contó a sus viejos amigos la experiencia de ser *mojado*. No era un hombre de vicios pero al tener los billetes en los bolsillos “como que hasta hacen cosquillas, quién sabe por qué”.

En marzo del 2011 Alejandro recurrió a su primer préstamo en una caja de ahorro, consiguió un empleo de mecánico para pagar los intereses pero fue hasta junio que se percató de que su vida económica había cambiado radicalmente, de ganar casi 12 mil pesos a la quincena, pasó a ganar sólo 4 mil, si es que había trabajo.

A diario veía la desesperanza de Angélica, a quien no le podía comprar un vestido y un perfume decentes, como en los viejos tiempos. Su hijo crecía bajo la sombra de otro idioma y no podía pronunciar palabras ni en inglés ni en español. Alejandro pretendió disolver sus penas los fines de semana afuera de una tienda, donde seguía siendo un tipo con suerte ante supuestos amigos, pero aquella imagen sólo alcanzaba en sus historias de *mojado*.

Llegó la feria de julio en Huajuapán y Alejandro se dedicó a gastar el resto de su dinero en más distracciones que falsamente lo alejaban de sus preocupaciones. Durante quince días todo fue alegría y desveladas con su familia para pasearla y divertirla en los juegos mecánicos y en las funciones que presentaban en las carpas. Recuerda que llevó a su madre a ver al “Divo de Juárez” y un grupo de comediantes que sólo había visto en la T.V. En ese momento era el hijo pródigo pero sabía que sólo era un espejismo que pronto se convertiría en una montaña de apariencias difícil de erradicar, pero más aún, de solventar.

Estaba por cumplirse un año de su regreso cuando cierto día Angélica le pidió dinero para leche y pañales. Alejandro metió la mano a su bolsillo y le extendió los últimos cien pesos con una tensa sonrisa que ya nada podía ocultar. Angélica comprendió la situación de inmediato, por ello, dejó pasar un mes más, hasta bien entrado diciembre, para decirle la buena nueva a su esposo: “Amor, vas a ser

papá otra vez”. Fue entonces que a su esposo se le vino encima la montaña de apariencias. Aquella fue la navidad más triste que recuerda Alejandro; en medio de la miseria, esperando con temor una visita que debiera provocar júbilo.

Con cinco meses de embarazo, Angélica le rogó a Alejandro recapacitar, pero nada pudo hacer ante la mirada decidida de su esposo, quien partiría nuevamente al país de barras y estrellas para desafiar a la frontera que por poco le quita la vida. Con esfuerzo, Alejandro logró juntar el pago del *coyote* y en una hoja dibujó la ruta que recorrería y los planes para hacer dólares, pero ni con ello pudo concebir el sueño una noche antes de partir. Ni la planeación ni la motivación de sus hijos le quitó el miedo de volver a ser un indocumentado.

* * *



Foto 31 La frontera, ese sitio de muros y centinelas dispuestos a desmembrar cráneos ante le menor movimiento. Fuente: www.ferriz.com

Las sombras de árboles moribundos adornaban los caminos de la frontera, únicos habitantes fúnebres de aquella lánguida tarde, en que Alejandro y un grupo de 30 migrantes pretendía cruzar la enorme barrera metálica que construyó el racismo de George W. Bush. La barda fronteriza con sus 3 mil cruces

adheridas a su fría piel se presentaba ante el temeroso grupo. El *coyote* mantuvo la calma por tres horas, hasta que cayó la noche.

La luz rojiza del sol se convirtió en cientos de focos incandescentes que desnudaron los pasos y gemidos del grupo mientras esperaban. Con el frío incrustado en los pulmones, un joven se dirigió al *coyote* diciendo: “no vamos a pasar, dijiste que no habría seguridad”, tras lo cual, los destellos de una patrulla fronteriza se divisaron a unos cien metros. El grupo entró en pánico a pesar de las palabras del *coyote* “tranquilos, tranquilos, agáchense”.

La patrulla se aproximó sigilosa, cubriendo cada centímetro de los matorrales, a la espera de saltar ante el mínimo movimiento humano. Repentinamente, giró en dirección contraria y el haz de luz se desvaneció del perímetro en que se encontraba Alejandro. El *coyote*, un joven de menos de 30 años, gritó: “¡Ahora sí cabrones, agarren sus *chivas* y denle con todo hasta llegar al hueco!”, y señaló un pequeño orificio en una de las enormes láminas de metal.

En escasos cuatro minutos, todos habían cruzado casi de forma milagrosa. Se fueron acomodando en grupos de 10 detrás de las sombras de los arbustos, luego de quince minutos comenzaron nuevamente la marcha, bañados por aquella luz blanquecina, presintiendo lo peor, pero siguiendo la recomendación del *coyote* “ustedes sigan caminando a paso normal, no se detengan ni miren atrás”.

Como un zumbido que congela los sentidos, una sirena inundó la noche de terror. Lo que había sido un grupo unido de mexicanos y salvadoreños, se convirtió en una estampida que corría por todas direcciones, tratando de evitar los veloces reflectores. En medio del caos, tres patrullas levantaron ráfagas de polvo que se impregnaban en las sudorosas pieles de los migrantes, en sus ojos que ya no veían sino un laberinto sin salida.

Alejandro saltó detrás de un arbusto, desde el cual vio cómo apresaban a sus compañeros y los subían a las camionetas, gritando frases inentendibles y lanzando disparos al aire. Permaneció ahí hasta que un reflector lo alcanzó directo en la cabeza, “Don’tmove! Don’tmove!”, escuchó que le decía una hosca y cruda voz. Salió lentamente del matorral y la luz descubrió su rostro empapado de sudor y tierra, su ropa desgastada, una mochila que sólo contenía agua y una fotografía de su familia.

En medio de aquella noche interminable, arriba de la camioneta, mirando cómo la senda del sueño americano se le escurría de las manos, Alejandro lanzó un par de lágrimas discretas. “Nos volveremos a ver, pinches gringos”, le susurró a la penumbra que lo cubría.

La camioneta pasó junto a un puñado de cruces y una torre de vigilancia, sitio desde el cual habían sido cazados como presas fáciles. La *pick up* se encaminó hacia territorio azteca nuevamente. Del lado contrario: la tierra gringa, el Norte, los dólares, el sueño de Alejandro a la deriva, en la frontera.

2.1 Historia de un Santo sin fe

Destino: Kansas City



Foto 32 Ramiro Santos come al lado de sus compañeros albañiles en el mercado Zaragoza. Autor: Hugo Pacheco.

El hogar de Ramiro Santos es una pila de tabiques barnizada con polvo. La colonia Chapultepec es un puñado de calles disperejas, repleta de piedras filosas que se le clavan a uno pese a las rudas suelas. Al llegar no hay banqueta ni puerta principal, sólo una construcción que comienza y ya. Los niños vagan descalzos, inventando juegos entre las colinas de tierra; se han acostumbrado a la ausencia de su padre, reemplazándolo con ese otro mundo invisible de risas y juegos que sólo un niño puede crear.

La pieza hace las veces de sala, cocina y un amplio cuarto con camas, adentro todo es penumbra. Luego de dos minutos una silueta de brazos que apuntan al techo camina hacia la puerta, cabizbaja. Afuera los niños corren a esconderse porque su madre o su tía o su abuela o la prima mayor les llama: "¡Métanse, qué hacen ahí afuera!". La sombra se convierte en un musculoso hombre de piel tostada, cabello recortado al ras, ojos negros, barba de candado y tatuajes en antebrazos. Es Ramiro Santos, quien según su padre, "se pasó siete años perdido en el norte, pero hoy por fin ha vuelto, *mijo* ha vuelto"

* * *

Justino, el padre de Santos, de ceño fruncido y espeso bigote, le enseñó a su hijo a ganarse la vida de peón. En poco tiempo Santos aprendió el oficio y a sus apenas 29 años ya era un albañil experimentado. Fue su esfuerzo bajo el asfixiante sol de Huajuapán durante arduas jornadas, quien lo sacó del abismo de podredumbre en que vivió desde su infancia.

Pasó de tener unos huaraches rotos a los primeros tenis decentes, de entretenerse viendo el fluir de las nubes a comprar su primer televisor, y de ser un soltero al que nunca le hacía falta el dinero a un hombre casado, padre de un pequeño y con el mayor problema de su vida económica y familiar: el vicio del alcohol.

Santos se fue haciendo de un historial de parrandas desde que sus amigos albañiles lo invitaban a beber entre jornadas, entre comidas y entre días festivos y no festivos. Aquello no impidió que su esposa Marta, una joven de mejillas ruborizadas y perpetua sonrisa, viviera el sueño de recién casada. A los 34 años, Santos se encargó de los gastos de la boda, de que siempre hubiera comida en casa y adecuó aquella breve construcción en la colonia Chapultepec, en la periferia de la ciudad de Huajuapán. Pero después de un par de años de matrimonio y con el alcoholismo auestas, Santos tocaba fondo y Marta lo sabía, bastaba con ver la miseria en que vivían.

En aquella época, mientras la familia desayunaba frijoles con salsa por sexto día y Santos se sacudía la resaca, Marta se levantó de la mesa, fue al fregadero, se palpó el vientre y así, de espaldas a su esposo, dijo sollozando: “Estoy embarazada, ¿cómo le vamos a hacer si no tenemos ni para comprar medio kilo de carne, ni para un litro de leche?”.

Santos pasaba por una mala racha, un mes sin trabajo y deudas atrasadas le habían roto los bolsillos. La joven pareja tenía un bebé de cuatro meses, Diego, y esperaba una segunda boca qué alimentar. Después de aquella escena, Santos gritó algo inaudible y se esfumó de la casa por tres días.

Hoy, seis años más tarde, recuerda que aquella ocasión caminó por las sendas empedradas de su colonia, trastabillando, llegó a “Imagine”, un bar del centro de Huajuapán. Sobre la media noche, en medio de una de las más grandes borracheras que ha tenido, le marcó a su hermano Germán, en breves minutos le planteó su situación y la voz lejana le respondió: “Ay, pinche carnal, ya déjate de hacer pendejo y pedirme dinero a cada rato, mejor jálate conmigo a Kansas City, acá olvidarás todas esas penas, te consigo una chambita, te juntas unos dólares y, si quieres, te presto una lana *pal* coyote, luego me la pasas. Ahorita ya vete *pa* tu casa, es tarde. Piénsalo... oh no, ni lo pienses, jálate ya, ya, ya...”

Aquella noche Santos durmió en la banca de un parque y al despertar fue a la catedral, ahí, frente a un cristo moreno ensangrentado, ícono religioso de Huajuapán, quiso rogar, implorar porque la miseria se alejara por fin de su vida, pero como respuesta sólo obtuvo silencio. Fue entonces que se percató de que su fe había muerto hace años. Si iba a salir de ésta sería por su propia mano, “ningún pinche santo me va a hacer el favorcito, tengo que chingarle”, dijo su voz convertida en un agudo eco dentro de la parroquia.

Al llegar a casa, sorprendió a su esposa con un beso sin sabor a alcohol y rápidamente se puso a buscar al *coyote*. En menos de dos semanas Santos estaba a punto de irse porque Germán cumplió su promesa y le prestó mil 500 dólares para pasar la frontera. Marta, intuyendo el peligro y la soledad que se le vendría encima sin su marido, encendió un par de veladoras frente a la imagen de San Judas Tadeo y San Benito, ya que se dijo: “Bueno, al menos en el apellido lleva la bendición, mi Santos”.

El día en que partió, un martes por la noche, Santos giró la mirada desde la senda de filosas piedras y un par de lágrimas se le escaparon al ver al pequeño Diego aferrándose del regazo de su madre. Nunca se esperó que el viaje cambiaría tanto su visión del mundo, tampoco que tardaría años en volver a ver el rostro de Marta y que se convertiría en un extraño para sus hijos.

* * *

Bajo un cielo neblinoso, entre el ruido de cencerros y mugidos de chivos y vacas a su alrededor, un anciano y un niño caminan, detrás, la inmensa sierra se cierne sobre ellos. El anciano extiende su mano y al abrir el puño algunos maíces caen al suelo, el rostro de aquel hombre se inclina hacia el niño hasta el punto de dejarlo paralizado por algún temor inexplicable. Intempestivamente, Santos despierta del letargo, de golpe, se levanta de su desvencijada cama, camina hacia la ventana y se queda viendo y escuchando la cadencia de los ramajes sobre la calle 89th, en el lado oeste de Leawood, Kansas City.

Aquella extraña pesadilla gobernó las primeras noches de Santos. Se quedaba largo rato frente a la ventana, mirando el ir y venir del tráfico en la madrugada, frunciendo los puños, preguntándose a diario en qué demonios estaba pensando cuando decidió partir y dejar a Diego. Pero aquel sentimiento sólo duró por dos meses, a Santos le bastó con ubicar un bar decente y hacer un par de amigos para olvidarse por años de Huajuapán y su miseria.

En aquel tiempo vivía con Germán, su hermano, él le enseñó a tomar el bus, a decir las primeras frases en inglés: *“Mynameis... Howmuchisit? Brings me to theAvenue...”* Germán era paciente y comprensivo con él, le ofreció un pequeño cuarto con una cama y una cajonera. Santos aceptó apenado, no tenía ni un quinto y ya le debía casi 15 mil pesos a su hermano, “pero te los voy a pagar carnal, en serio, *na* más que consiga algo”, le decía Santos, pero su hermano le respondía que primero debía aprender inglés porque de lo contrario iba a sufrir mucho con los trabajos. Santos asintió, pero por más que lo intentaba, esa lengua extraña “nada más no se me quedaba pues”.

Sandra, la mujer de Germán, trabajaba casi todo el día limpiando interminables aparadores en el Country Club Plaza. Cierta noche invitó a Santos, quien quedó impresionado al ver los bellos edificios de la zona, las luces resplandecientes que los engalanaban, las fuentes en medio de las plazas, los verdes prados, siempre limpios, sin una pizca de polvo ni basura, “casi un cuento de hadas”.

Como Germán salía del departamento desde las cinco de la mañana, Santos era quien desayunaba con sus dos sobrinos, Melissa, de tres años y Jeffrey, de cinco, quien le recordaba tanto a Diego. Iba a dejar a los niños al colegio y luego regresaba para charlar con Sandra, se les pasaban las horas recordando viejos tiempos que habían vivido en México.

Ella era de Mariscala, un pueblo cercano a Huajuapán, le contó cómo había conocido a Germán, cómo era la vida allá en el norte, “buena vida, al menos tenemos para comer, pero se extraña mucho a la familia, yo dejé a mis papás y hermanos chiquitos”, le decía su cuñada, quien muchas veces terminaba las charlas con lágrimas en los ojos.

Pasaban los días y Santos se sentía poco menos que un estorbo. Comenzó a notar que su presencia incomodaba al bolsillo de la familia. Germán, quien antes de su llegada invitaba a comer a su familia a un restaurant al menos una vez por semana y le compraba algún obsequio a sus hijos, lo dejó de hacer porque ahora le costaba más pagar las cuentas del gas y la despensa. “Uno conoce re bien esa frase de que a los tres días el muerto y el arrimado apestan, pues yo ya llevaba dos meses y no encontraba chamba, bueno, más bien no quería, me sentía bien mal, así pues, con miedo, nostalgia, qué sé yo...”

Marta se comunicaba por teléfono cada quincena, le platicaba cómo iban las cosas, pero sus llamadas eran breves, marcar desde Oaxaca era costoso. Santos sabía que Marta deseaba preguntarle por el trabajo, si ya había conseguido algo, se imaginaba a su mujer y a Diego pasando penurias en Huajuapán, esperando solos la llegada del nuevo bebé. La voz de Marta por el teléfono iba cambiando cada semana, volviéndose más fría y breve, hasta entablar charlas de monosílabos con su esposo.

* * *

Cierto atardecer, Santos salió del humilde departamento con unos cuantos dólares que había encontrado en el tocador de su cuñada. Caminando sobre una acera repleta de “gringos que me veían como bicho raro”, inhalaba el humo de su

cigarrillo. Se detuvo en una parada de autobús y arribó en el primero que pasó. Llegó al Grand Boulevard, cruzó un par de calles, buscando primero algún anuncio sobre vacantes de trabajo, para luego pasar a las luminarias de bares y restaurantes.

Recordando apenas la dirección de su hermano, decidió que si se perdía, podía tomar un taxi y que no habría problemas, así que se aventuró a caminar unas cuantas calles más, hasta llegar a un enorme edificio de cristales, sobre el cual ondeaba una bandera estadounidense, mirando aquella imagen, hundió los recuerdos de su familia, que se aproximaban a entristecerlo y apresuró el paso.

Cruzó un par de semáforos hasta que por fin se decidió a entrar en un edificio de tabiques rojos, alumbrado por luces tenues y discretas, rodeado de pequeños arbustos mecidos por la ahora ligera brisa nocturna. En la entrada, con grandes letras de molde, podía leerse: Bar Louie.

Con pantalones deslavados de mezclilla, camisa púrpura y tenis que algún día fueron blancos, Santos cruzó la puerta de cristal y echando para atrás su gorra de los *Knicks* de Nueva York, dio un primer vistazo dentro del local hasta encontrar una inmensa barra de madera, detrás de la cual se enfilaban cualquier cantidad de licores, descansando en brillantes botellas que bajo la luz artificial parecían aún más seductoras que la mesa de rubias a su lado.

“*One Beer, please*”, le dijo Santos al cantinero, quien se mostró atento y en menos de 10 segundos destapó una *Budweiser*, la deslizó brevemente por la barra hasta llegar hacia aquel hombre de gorra que desentonaba con el ambiente. Sentado en el banco, Santos miró a su alrededor: era un sitio cálido, con música suave y gente tranquila que platicaba sin ponerle atención. Después de la tercera cerveza, Santos fue al baño y en el mingitorio de al lado una voz que hablaba por teléfono llamó su atención.

Era un hombre de unos 30 años, de piel morena y rasgos latinos, cuyo aliento delataba haber bebido más de la cuenta. Aquel tipo colgó el celular y miró hacia el espejo, encontrándose con la mirada huraña de Santos. “¡Qué onda, paisano!

Parece que viste al diablo, relájate, eres nuevo, ¿verdad? Yo los reconozco luego, luego. Ven, chíngate una chela conmigo...”

El reloj *Casio* de pulsera sobre la delgada muñeca de Santos marcaba las once y media de la noche, su visión era vaga y su caminar zigzagueante demostraba los litros de alcohol que había bebido. A su lado iba Joel, aquel tipo del celular, quien resultó ser de Guerrero y llevar años viviendo en Kansas City.

Caminaban porque su nuevo amigo había tenido malas experiencias con la policía por manejar en estado de ebriedad, delito que en Estados Unidos es altamente penalizado. “Ya ves, viejo, mejor a *pata*, ya no me arriesgo a que los pinches gringos me agarren y en una de esas hasta me deportan”.

Terminaron fumando en un camellón, frente a la Oficina Postal, mirando a los autos pasar sobre una avenida de alta velocidad. Cuando Santos volvió a mirar su reloj y se percató de la hora, pensó dos cosas: que mañana mismo conseguiría un trabajo con la ayuda de Joel, quien fregaba pisos en un hospital; y que a fin de cuentas, Kansas City se adaptaría a su modo de vida sin fe.

Santos apenas podía sostener el teléfono dentro de la caseta. En dos minutos escuchó los más vergonzantes insultos en voz de su hermano menor. Germán tuvo que cruzar media ciudad en su *Buick* 95 desde Leawood para llegar y reprender más a Santos frente a Joel, quien huyó en un taxi sin decir adiós. Eran las dos de la madrugada.

Con rastros de resaca, Santos estaba vestido y bañado a las nueve de la mañana del día siguiente, listo para ir en busca de un trabajo. Desayunó con desgana frente al rostro juicioso de Sandra, supuso que seguramente había tenido una fuerte conversación con Germán respecto al inquilino que los despojaba del bonito cuadro de familia feliz que cenaba en restaurantes una vez por semana.

Santos le marcó al guerrerense Joel, quien le dio la dirección del *Brookside Family Medicine*, que por suerte, no estaba tan retirado del apartamento. Al llegar, Santos

quedó un tanto decepcionado, se esperaba ver un enorme edificio blanco, con interminables cuartos y decenas de enfermeras deambulando inquisitivamente con minifaldas, pero lo que halló fue un discreto centro médico, rodeado de arbustos a medio morir.

Cuando vio a Joel, vestido con uniforme azul claro de una sola pieza, sosteniendo un balde y un mechón, le dijo: “Yo ni madres voy a usar eso, eh wey”. Joel le explicó que tampoco era el mejor trabajo que había tenido, que lo habían corrido de otros menos vergonzosos por impuntual y borracho, que esto era lo que le podía ofrecer, “y eso a ver eh, déjame hablar con mi jefe”, le dijo, mientras continuó limpiando las opacas baldosas

* * *

Santos se turnaba con Joel para fregar los quince consultorios y las veinte camas de pacientes al borde de la muerte. Entraba a las ocho de la mañana y llegaba al departamento a las seis de la tarde, apestando a detergente y con al menos un par de cervezas encima, ya que para su suerte cerca del hospital estaba un *Gaf, Bar & Grill*. “Ahí las chelas eran bien caras, pero re buenas, por eso sólo una o dos por día, para no fallar, ¿no?”

Marta, después de tres meses de la ausencia de su esposo, comenzó por fin a recibir dólares. Algunas quincenas un par de billetes de \$100, otras, hasta \$300, sin excepción, durante siete u ocho meses. Marta pudo comer de forma decente y comprarle una que otra chuchería a Diego, quien crecía a la sombra de una ausencia imborrable.

La rutina de Santos cambió cuando, desde la delgada pared que dividía su cuarto y el de su hermano, escuchó durante una semana los reclamos de Sandra, quien decía que mejor “se buscara un lugar donde irse a curar las borracheras”. También se quejó de que los viernes y sábados llegaba por la madrugada y despertaba a todos, tachó su conducta diciendo que era mal ejemplo para Melissa y Jeffrey.

Santos, tras una de las tantas conversaciones con su hermano, que terminaban en gritos e indirectas, decidió irse a vivir a un pequeño cuarto. Para ello necesitaba conseguir un empleo mejor pagado. Mientras ojeaba los diarios, se percató que luego de ocho meses de vivir en Estados Unidos, ya podía reconocer algunas frases, y la que en ese momento le hizo quemarse la boca con el café ardiente que sorbía, fue un anuncio que estaba en busca de un *bricklayer*,” un albañil, pues”, dijo Santos. El sueldo: \$800 dólares por semana por pegar tabiques y podía aumentar si se tenía experiencia en cimbra, reboco y pegado de loseta. “Chingón, yo sé hacer todo eso...pinchesgringos”.

El día en que partió, le dio las gracias a Germán, se despidió de Sandra y sus sobrinos con una sonrisa sincera en el rostro, “disculpen las incomodidades, en serio, y muchas gracias por todo. En fin, conseguí un cuartito a un par de cuadras, así que estaremos cerquita”, les dijo, mientras vio cómo la sonrisa de Sandra se desdibujaba rápidamente.

En una semana, Santos estaba enfundado con guantes de cuero, casco, botas de suela gruesa y un overol similar al que usaba cuando limpiaba pisos, “todo un disfraz”, pensó. “Es que esos gringos sí cuidan la seguridad y saben que la albañilería debe ser un trabajo bien pagado”.

En Huajuapán sólo usaba un sombrero, una playera desgastada y unos tenis roídos de tanto pisar clavos y embarrarse de cemento. Al inicio dudó en el nuevo empleo, pero cuando le ofrecieron el uniforme gratis sólo dijo: “*When do I start?* (¿Cuándo comienzo?).

Con diez mil pesos por quincena Marta se sentía en la gloria. El bebé estaba por nacer y según le habían dicho, no tenía complicaciones. Marta tiró el bracero en que calentaba la comida y compró una estufa; consiguió ropa nueva para Diego y el nuevo bebé, que también sería varón; mandó a terminar de techar la casa y abrió una cuenta de ahorro.

A los tres meses, Santos había enviado aproximadamente 50 mil pesos, dinero que jamás habría podido ganar en Huajuapán, además de pagar sus gastos en el

nuevo cuarto, amueblarlo discretamente y claro, acceder a bares y centros nocturnos más costosos.

Pero con el nuevo empleo vinieron nuevos amigos, y con ellos, nuevos vicios. Además de Joel, conoció a Martín, un puertorriqueño que le enseñó a ir a los antros donde ponían cumbias y se aglutinaba mujeres en minifalda; y a Jaime, un peruano encantado por las vedettes de alta alcurnia.

No tardaron en despedirlo de un par de obras, pero siempre conseguía una nueva y continuaba con un ritmo de vida desahogado pero convulsivo: se presentaba a trabajar con resaca tres días por semana, gastaba en ropa de marca y comía en restaurantes de etiqueta, logró coleccionar hasta 20 pares de tenis y medio ciento de gorras, le envió a Diego un *Playstation* y una veintena de juegos para cubrir su ausencia.

Amanecía en sitios diferentes cada sábado, repleto de gente que decía ser su amiga, todo ello para intentar deshacerse de las pesadillas y la miseria de Huajuapán. Bebía para dormir y comer y soñar y no regresar nunca a la *Tierra del Sol*. “¿Fe? ¿Quién necesita a esa mujer?”, decía, burlándose del destino.

Atrás habían quedado los reclamos de Germán, las miradas retadoras y críticas de Sandra, la presión de llegar sobrio y temprano al departamento. Ahora vivía para partirse el lomo en las construcciones pero a cambio obtuvo mejores licores y mujeres. Así, sin percatarse, fue perdiendo el rumbo; el *sueño americano* se fue convirtiendo paulatinamente en un arma de doble filo.

El nuevo trío de Santos planchó las calles de Kansas City día tras día hasta provocar que el mojado mixteco le mandara menos dinero a su familia, atrasando los envíos por tres semanas, un mes, dos meses, hasta no mandar nada durante años.

* * *

A Santos lo despertó una fuerte punzada en el estómago. Entre decenas de colillas y botes de cerveza rancia, se levantó de un piso teñido de rojo, sintió calosfríos al ver aquello y corrió hacia el baño, a desahogar paulatinamente lo más profundo de sus vicios. Se miró en el espejo, en cinco años había cambiado drásticamente: tatuajes en brazos y piernas, musculatura firme y bronceada, cadenas de oro sobre el cuello, dientes amarillentos, espesa barba, corte de pelo al ras y un temblor imparable que lo llevó hasta el centro médico donde algún día fregó pisos con su ahora desaparecido amigo Joel. El dictamen: indigestión alcohólica. Sugerencia: dejar de beber y fumar, y si es posible, hacerse estudios de sangre por un posible diagnóstico de VIH.

Tras consumir sueros por una semana y haber limpiado su organismo, ahora Santos necesitaba arreglar su vida, y su fe, si aquello era posible. Comenzó por llamarle a una de sus hermanas de Huajuapán. “Hola, Sonia, soy yo, Santos, ¿le puedes avisar a mi mujer que... estoy bien, que me marque?”, Sonia quedó sorprendida, Santos sólo mandaba de vez en cuando una postal, saludando a todos y con la promesa de que pronto regresaría.

Después de tres días, Germán le avisó a Santos que había recibido una llamada de su mujer, quien marcaría en una hora. Santos, sentado al borde de la cama, caviló sobre qué decirle a Marta después de cinco años de cambiar el envío de dólares por aquellas escuetas postales. Pensó en los estudios de sangre que debía hacerse, en que no tenía mucho dinero ahorrado y que ya se había hecho fama en las constructoras por ser un empleado incumplido.

“¿Bueno? ¿Santos?”, escuchó que le dijo su mujer, con voz cansada y sin presencia de rencor ni enojo. Santos le pidió disculpas, le dijo que tenía un dinero ahorrado, que no se preocupara, que la quería, que cómo estaban los niños, que estaba algo enfermo, que todo lo había hecho por su familia pero el vicio pudo más, que ahora sería diferente.

Marta le pasó a Ramiro, aquel bebé que Santos nunca había visto ya tenía seis años, su madre le puso ese nombre esperando que fuera de buen augurio. A Santos le dolió que no le dijera papá, que le respondiera fríamente a un hombre que bien merecía la indiferencia de toda su familia. Marta tomó nuevamente el teléfono y con voz serena y amorosa, le dijo: “¿No estás cansado? ¿Por qué no vienes? Ya veremos cómo le hacemos, los niños te necesitan”. La sorpresa fue tal que Santos, sin pensarlo, le dijo que sí, que sólo le diera un par de meses. Marta acertó al punto clave, Santos estaba cansado, hartado del “mentado sueño americano”.

Para Santos resultaba imposible creer en los milagros, pero cuando le entregaron los estudios y dio negativo en VIH, tragó saliva y respetó un poco más su curioso apellido. Consiguió otro trabajo para ganar unos cuantos dólares, ya que la cruda moral le impedía largarse de ese país sin un poco de honor. Trabajó durante mes y medio en el último edificio que construiría en Estados Unidos.

Tras dos meses exactos después de la llamada de Marta, Santos tenía un par de maletas repletas de gorras, tenis y tres regalos que nunca sanarían el dolor de su ausencia. Fue a la casa de Germán y le dijo que se regresaba al pueblo, que ya había cumplido con su sueño, sea lo que sea que fuera.

Sandra y sus sobrinos le dieron el abrazo más sincero a ese hombre que un día llegó del sur sin un peso, que fue un mal ejemplo y un inquilino incómodo. A pesar de todo, tanto los niños como su madre querían a Santos. Sandra le dio 500 dólares para que le llevara a su familia a Mariscalá.

Desde otra ventana, ahora la de un taxi, Santos contempló por última vez el paisaje urbano de Kansas City, sus luminarias, bares, restaurantes y hoteles de lujo. Empuñando el boleto de avión, el mixteco sin fe que lo dejó todo por su familia para luego perderla, regresaba a su pueblo, a su melancólico pero cálido Huajuapán.

* * *

La felicidad duró hasta que los 5 mil dólares se diluyeron, después sólo quedó la indiferencia de sus hijos y la preocupación de Marta por la vida futura. Santos es un hombre que así como puede construir una casa con sus manos, puede también destruir el amor de su familia en siete años, lapso durante el cual vivió el sueño de tantos huajuapeños.

Hoy, levanta la cortina, que hace las veces de puerta principal en su hogar, en la Colonia Chapultepec, mira el rostro de sus hijos, que apenas si lo reconocen, que no le dicen papá y lo han tenido que volver a conocer. La mirada del hombre es un mar de preguntas que culminan con un “¿...Y si mejor hubiera?”

Santos debe soportar horrendas jornadas bajo el sol implacable de la Mixteca, sin guantes, ni botas, ni casco, ni la parafernalia de los albañiles estadounidenses. Cubre a medias su rostro con una de las tantas gorras que trajo del norte, hunde un paliacate sobre su frente, que escurre de sudor.

A la hora de la comida, ríe con desgano mientras sorbe discretos tragos de cerveza, al lado de viejos amigos y nuevos compañeros de trabajo y parranda. Se pasa los días pensando, suspirando y hundiendo las manos en el cemento, procurando olvidar. Los ecos de Kansas City le rebotan en los sueños, en las ampollas de sus manos, en el rostro de sus hijos que lo ven como extraño y en el propio espejo al ver su rostro de *mojado*.

Los albañiles experimentados como Santos cobran de 2 mil a 3 mil pesos a la semana, se comprometen con varios trabajos a la vez, los cuales dejan colgados por periodos de dos o tres días mientras se les pasa la resaca. Dicen que lo hacen por la familia, dicen que lo hacen para salir adelante y nadie les tiene fe.

Sabiduría migrante: evocando las cenizas jornaleras

| NÚMERO DE BRACEROS QUE VIAJARON A ESTADOS UNIDOS | |
|--|----------|
| AÑO | BRACEROS |
| 1942 | 4,203 |
| 1943 | 52,098 |
| 1944 | 62,170 |
| 1945 | 49,454 |
| 1946 | 32,043 |
| 1947 | 19,632 |
| 1948 | 35,345 |
| 1949 | 107,000 |
| 1950 | 67,500 |
| 1951 | 192,000 |
| 1952 | 197,100 |
| 1953 | 201,380 |
| 1954 | 309,033 |
| 1955 | 398,650 |
| 1956 | 445,197 |
| 1957 | 436,049 |
| 1958 | 432,857 |
| 1959 | 437,643 |
| 1960 | 315,846 |
| 1961 | 291,420 |
| 1962 | 194,978 |
| 1963 | 186,865 |
| 1964 | 177,736 |
| 1965 | 20,286 |
| 1966 | 8,647 |
| 1967 | 7,703 |

Fuente: Wayne Cornelius

2.3.1 Preludio, el Programa Bracero

El Programa Bracero, o *Mexican Farm Labor Program* (1942-1964), fue la idea más ambiciosa de la Comisión de Empleos y Tiempos de Guerra, creada durante el gobierno del presidente Manuel Ávila Camacho y el mandatario estadounidense Franklin Roosevelt.

Tal esquema reclutó velozmente a cerca de 4.5 millones de campesinos de escasos recursos, provenientes principalmente de Guerrero, Puebla y Oaxaca, quienes fueron atraídos por la atractiva propuesta de prestar ayuda ante la crisis de personal y obtener un trabajo bien remunerado, esto según datos del historiador David Gutiérrez Pulido, maestro en Arqueología e Historia.

El Consejo Nacional de Población (Conapo), en su Estudio Binacional México-Estados Unidos sobre Migración (1997), indica que en la mixteca emigraba más del 70 por ciento de su Población Económicamente Activa (PEA), ya que para ellos la migración representaba la única opción para sobrevivir.

Lo que debiera verse como un problema socioeconómico en Huajuapán, se vislumbra con toda naturalidad. Es común entre las familias que alguno de sus integrantes haya sido jornalero y que algún familiar radique en Estados Unidos.

Hoy en día se tiene conocimiento a base de pruebas documentales y estudios, que el Programa Bracero nunca representó una verdadera ayuda para la economía de las zonas marginales en el estado de Oaxaca, de las cuales, la región mixteca, según el Consejo Nacional de Población (Conapo) en su estudio del año 2000, ocupó el primer lugar en marginación y falta de empleo.

Tales irregularidades han producido opiniones que tratan de develar las verdaderas intenciones de la relación bilateral entre México y Estados Unidos. Un ejemplo es el de la profesora emérita de la Universidad de Delaware, Kitty Calavita, quien en su obra *“InsidetheState: The Bracero Program” (La dinámica de la emigración en México)*, menciona que la iniciativa del Programa Bracero “fue un intento por controlar el flujo migratorio y se limitó a proporcionar mano de obra barata para el sector industrial y productivo del país vecino”. Asegura que el programa pretendía “matar a dos pájaros de un tiro: daba la apariencia de control, mientras que permitía el ingreso ilegal de mexicanos.”

El problema ha trascendido hasta la época actual, misma que arrastra el crudo pasado de los jornaleros y se mezcla con el futuro de sus hijos y sus nietos, que de forma alarmante continúan viendo el viaje hacia la frontera como la única esperanza para tener una mejor calidad de vida.

Gran cantidad de jóvenes perecen en su intento por cruzar la frontera a causa de su inexperiencia y falta de recursos. Sus abuelos contemplan esto y saben que la historia se está rebobinando porque hace 40 años ellos viajaron por ese mismo sueño y sólo fueron traicionados por un gobierno que prometió salarios que hasta hoy no ha entregado.

Las tres etapas que forman este capítulo titulado *Sendas del sueño americano en Huajuapán*, exponen tales conflictos y la siguiente historia mezcla la juventud, madurez y vejez de los migrantes huajuapeños en un mismo sueño imposible.

1.2 Tres generaciones, un mismo sueño

Destino: Campos de California, 1960-2014



Foto 33 El ex-bracero Ramón Hernández, evoca por momentos un traicionero pasado que quedó marcado por los bellos paisajes californianos, pero teme que sus hijos y nietos continúen con un sueño americano que no conlleva sino a la frustración. Autor: Hugo Pacheco

Ramón Hernández se levantó del petate en que dormía y la piel se le erizó al recordar la importancia de aquel día. Miró hacia la ventana y contempló un desértico llano, a lo lejos se percibían algunos pitayos y huizaches (árbol típico de la región mixteca) incrustados por la fuerza en una tierra árida y agreste. Era el año de 1959, vivía en el municipio de Huajuapán de León, una remota localidad mixteca, ubicada a 240 km. de la capital oaxaqueña.

Ramón miró su hogar largo y tendido mientras pensaba. Noticias como la Segunda Guerra Mundial y la posibilidad de trabajar en Estados Unidos llegaron a él como simples rumores, pero aquella mañana primaveral, mientras observaba el

breve paisaje de su hogar, intuyó que nada sería igual después de ser bracero. Aquel día Ramón partiría “*pa’l norte*” en busca de una mejor vida.

Junto con un grupo de paisanos oaxaqueños viajó a la Ciudad de México, recuerda que aquella enorme jungla de concreto lo impactó de tal manera que titubeó con la decisión de vivir por dos meses en California. Pero el recuerdo de su familia lo despojó de las dudas y por fin subió al autobús que lo llevó hasta Tijuana, donde se encontró con al menos 3 mil campesinos provenientes de toda la República. Rápidamente su grupo quedó disperso entre aquel gentío, en el que sólo destacaban hombres que medían dos metros, tenían el cabello rubio y los ojos azules. Aquella era la primera vez que Ramón veía a los estadounidenses, aquellas miradas azuladas e inquisitivas le dieron un mal presentimiento.

“Llevaban un traductor que nos dijo en pocas palabras cómo iba a estar el asunto, aunque entendimos muy poco, el caso es que nos iban a llevar a California a unos campos enormes e íbamos a cosechar hortalizas y frutas”, recuerda Ramón.

Los autobuses repletos de campesinos cruzaban *la línea* sin los inconvenientes y riesgos que hoy se viven, sin aquella muralla hecha de acero y sin las guaridas de centinelas. Aquel fue un viaje tenso en que Ramón se pasó diez horas conversando en mixteco con sus compañeros, quienes compartían las dudas respecto a aquella propuesta del presidente Ávila Camacho por ofrecerles los mejores salarios de sus vidas.

* * *

El paisaje californiano lo maravilló, cientos de hectáreas refulgentes de vida, nada qué ver con su árida parcela de Huajuapán. Frambuesas, fresas y manzanas por cientos, millones, repartidas en inmensos campos fértiles que sólo imaginó en sueños. Aquella estampa sólo puede ser apreciada por un amante de la tierra y el campo como lo es don Ramón.

Recuerda que sus patrones eran amables, aunque algo extraños, “los *gringos* eran buena gente, ellos ponían el transporte, la comida y la renta todos los días”.

En aquel año de 1959 el joven mixteco era fuerte, podía soportar las arduas jornadas, el calor sobre su espalda no se comparaba con el de Huajuapán y la esperanza de obtener una jugosa recompensa le hacía olvidar la soledad y tristeza en aquella tierra lejana.

Por tres años (1959 - 1962), Ramón viajó esporádicamente al estado de California durante las temporadas de la cosecha. Cada vez que regresaba a Oaxaca algo lo inspiraba por dentro para seguir huyendo cada cuatro meses a un país extraño del que no comprendía ni el idioma, pero sentía que de cierta forma traicionaba a su tierra, “allá era todo muy bonito, pero no hay como trabajar en tu propia tierra, el problema es que acá no alcanzaba ni pa’ comer, jeje”, dice Ramón mientras ríe y borra de su rostro el mohín de disgusto que ha mantenido desde hace veinte minutos.

“Trabajar de sol a sol era cansado, pero yo aguantaba al pensar que me pagarían en dólares, aquello era mejor que sembrar mi parcela en Huajuapán, supuse que saldría pa’ comer bien y pa’ construir una casita, mis hijos dormían en un cuartito, en el suelo. No sé, pensé que todo mejoraría”.

Expresa don Ramón mientras ahora camina de regreso del Módulo de Desarrollo Sustentable, en la colonia centro de Huajuapán, sitio al que acude cada quince días por la tarde para pedir informes sobre su pago (el 10% del salario total que el gobierno ha retenido durante cuatro décadas). Ahora los paisajes californianos se tornan brumosos, la evocación repentina de aquellos ambientes se mezcla con una realidad que lacera el bolsillo y la memoria del ex jornalero Ramón.

La sombra de su andar cabizbajo y cansado se dibuja en los adoquines del Parque Independencia, sus huaraches desteñidos surcan el asfalto con la quietud de quien se dirige sin prisa a un destino inexorable, en su caso, a una noticia a la que ya se acostumbró pero que no por ello deja de causarle rabia.

Cuando al plantarse frente a Irma Suárez, secretaria del lic. José Luis Ramírez Alberdín, coordinador del Módulo de Desarrollo Sustentable, escucha la monotonía de aquellas palabras: “No señor, su pago aún no llega, regrese

después, no sabemos la fecha exacta, no nos han notificado nada”. Don Ramón sólo baja la cabeza y se acomoda sus gafas de pasta empañadas, que a cada instante le recuerdan su vaga visión.

Da media vuelta, camina por el breve pasillo hasta la salida y afuera suspira mientras contempla cómo las nubes se arremolinan sobre la ciudad. “Yo quiero que me paguen, no quiero escuchar preguntas, ni firmar nada, ni escuchar nada. Pero tengo que regresar, insistir, ¿qué otra cosa puedo hacer?”, dice con aire de congoja acumulada.

El ex-bracero llega con la mirada perdida a la calle Balderas (entre Nuyoo y Trujano), entra al local de su hijo Gonzalo, afuera se puede leer en un rótulo resquebrajado por el sol: *Sastrería Hernández, casimires finos*.

Adentro, lo primero que se percibe es la voz cansada de su hijo Gonzalo, que le dice “qué pasó papá, ¿aún no hay pago?”, mientras se acomoda las gafas y traza a pulso una línea blanca sobre una tela en apariencia delicada.

Las manos agrietadas por el tiempo de don Ramón se dejan caer sobre la vitrina donde su hijo exhibe pantalones y trajes de lino, mueve la cabeza en señal negativa y se queda mirando un espacio perdido entre el cristal y sus dedos.

Gonzalo, un sastre de 52 años y ojos cansados de tanto zurcir dobladillos, le dice a su padre con voz suave: “Ya no haga coraje Apá, eso le hace daño. Si un día va y hay pago, bien, sino, no se angustie, así es con este y todos los pinches gobiernos, ya todos lo sabemos”.

Gonzalo explica que su padre ya está harto de ir y no hallar respuesta, dice que el deseo porque le paguen se ha convertido en una terquedad y que a su edad es imposible hacerlo entrar en razón.

Detrás de una cortina, al fondo del local, surge un joven de mirada noble, amplia sonrisa y cuerpo robusto, trae consigo un montón de telas que deja con cuidado sobre una mesa, su padre lo mira con seriedad y le da unas indicaciones con un tono grave pero discreto.

Gonzalo dice que aquel tímido joven es su hijo Alberto, que tiene 17 años y sueña con cruzar la frontera para ganar dólares, que quiere seguir el camino de Miguel, otro de sus hijos que ahora vive en Washington y trabaja en una fábrica de calzado y no ha vuelto a Huajuapán desde el 2007.

“Los jóvenes lo ven fácil, se creen superhéroes que todo lo pueden, pero eso de cruzar *pa'* otro lado no es tan sencillo. Mi hijo Miguelito sufrió mucho en la frontera. No quiero que Alberto siga ese camino, le digo que él está *pa'* otras cosas pero es necio. Me pongo en su lugar, ha de decir que qué otras cosas, ¿cortar telas y coser pantalones y vestidos hasta que se muera?”. La familia Hernández ha sobrevivido por más de quince años con el trabajo de Gonzalo, antes vendían cobijas, ropa y abarrotes.

Gonzalo teme que su hijo Miguel, el mayor, cambie con los años. “*Mijo* me enviaba buen dinerito al principio, pero poco a poco era cada vez menos, tal vez porque ya tenga familia, tal vez porque todo está más caro, o tal vez porque ha agarrado el vicio, como muchos que se van. Me da miedo pensar en eso, y pues sólo me queda pedirle a Dios que le vaya bien”, dice el sastre, que no quita la vista de la línea que acaba de trazar.

Miguel Hernández marca por teléfono con menor frecuencia y cuando lo hace, su padre puede percibir en su voz un acento demasiado cambiado. Son varias las ocasiones que le habla en inglés, Gonzalo le recuerda con quién está hablando y tras pocos minutos de escuchar las mismas frases gastadas de su hijo, cuelga el teléfono, preocupado.

Don Ramón sigue mirándose las manos y recordando. Ya la pizca de fresa ha quedado en el pasado, el esfuerzo y el sacrificio de los días que vivió en los campos de California se ha convertido en un necio recuerdo que estremece la mente del ex-bracero.

El consejo para su nieto Alberto es no dejarse llevar por el espejismo de que el *mojado* puede conseguir mejores cosas y una vida más holgada, que no debe arriesgar su vida por dinero.

Muchos de los ex-braceros, como comenta Ramón Hernández, murieron con la esperanza de que algún día el gobierno les retribuyera los años de esfuerzo en los campos estadounidenses, “compañeros, amigos y conocidos míos de los que ya no recuerdo ni el nombre, fueron a exigir su pago y nunca les respondieron”.

Don Ramón cada vez está más consciente de esta incómoda verdad, por dentro sabe que nunca se le hará justicia, que tal vez muera antes de ver un centavo de aquel dinero que se ganó a pulso, además de que siente temor por el destino de su nieto, pero poco puede hacer.

El anciano comenta que la inquietud por cruzar la frontera es mayor entre los jóvenes como Alberto, quienes ven cómo otros se aventuran por tierras lejanas y regresan con la cartera rebosante de billetes verdes, pasean en carros lujosos, compran estéreos, construyen casas e incluso consiguen esposa, “pero todo eso es una mentira”.

Sentado en una silla de mimbre, ya en calma después de la monótona noticia de aquella tarde, don Ramón insiste en que el Programa Bracero es “una mentira más del gobierno, una vil estafa”.

Repentinamente, recuerda haber escuchado una rima popular entre los ex-braceros, entonada por vez primera en un evento de la Alianza Nacional del Bracero, que versa:

*“Nunca oyeron del bracero las quejas y los clamores
Luchando por nuestro anhelo han muerto muchos braceros
Guardemos fieles sus recuerdos...”*

Hoy, cientos de hombres de la tercera edad como don Ramón siguen haciendo filas a lo largo del año afuera del Módulo de Desarrollo Sustentable con un hambre de justicia que pareciera no tardar en morir. Saben que el Programa Bracero representa el primer eslabón de los tratados entre México y Estados Unidos por remediar la falta de políticas económicas eficientes de una nación, y la necesidad de mano de obra barata de otra.

A pesar de la conciencia que se ha creado por la divulgación de la información al paso de los años, los ex-braceros viven sus últimos días exigiendo una respuesta que el gobierno les hanegado durante décadas.

En septiembre de 2011, la Secretaría de Desarrollo Social y Humano del gobierno oaxaqueño, anunciaba el inicio de su Programa en Atención a los Ex-braceros, en su Sitio Web Oficial se informaba que el gobernador Gabino Cué Monteagudo había entregado los primeros cheques por 10 mil pesos en la comunidad de San Pablo Huixtepec, Zimatlán.

Ramón Hernández se indigna al saber esto, califica al hecho como una mentira más del gobierno, ya que no se explica por qué en el transcurso de un año aquel programa nunca llegó a Huajuapán, siendo este distrito uno de los más importantes de la mixteca. “Mentira, lo máximo que me han dado han sido uno o dos cheques de \$250 pesos cada uno, ¡miserias!” dice don Ramón a voz en grito mientras se levanta de su silla de mimbre, da unos pasos y vuelve a hundir la mirada en los cristales.

Alberto trae más tela y su padre lo toma del hombro, le susurra unas palabras y el joven se acerca a don Ramón. “Venga abuelito, siéntese acá atrás, ahorita le mando a pedir la comida, ¿hoy qué va a querer, un chilatito de pollo?”. El anciano camina al lado de su nieto con los hombros caídos. “Sí mijito, gracias”, dice, mientras ambos se pierden dentro del cuarto trasero.

Gonzalo baja la cortina metálica de su sastrería y la seriedad aún persiste en su mirada. “Ni modo joven, a esperar, a ver cuándo se dignan a pagar”, dice, y el local queda envuelto en penumbra.

Para el ex-bracero y el joven que sueña con ser *mojado*, la tarde se presta más para la convivencia que para el enojo, ambos comen sin prisa, recuerdan a Miguel, se preguntan cuándo vendrá de Washington y coinciden en que habrá que esperar, a ver qué dice el futuro, a ver qué dicen los sueños.

El anciano mira a su nieto, le sonríe y le da un pequeño golpe en la cabeza, “ya deja de pensar, sino quedarás viejo y amargado como yo”. R en, mientras Gonzalo desentume la rigidez de su rostro y por fin esboza una sonrisa, “ay muchachos, ay muchachos...”, dice el viejo sastre.

Así, tres generaciones no sólo contemplan el paso de la historia, sino que la viven a diario, encarnando una de las cientos de historias de migrantes que se esparcen por Huajuapán con naturalidad, pero nadie se detiene a escucharlas por un instante para sentirse identificado y entonces preguntar más allá del  qu ? y del  cu ndo?

Los hogares huajuapeños seguirán incubando las sendas del sueño americano, cambiando a esta peculiar comunidad, dueña de una identidad donde se mezcla el pasado ancestral con esta enfermedad incurable llamada migración. La siguiente página aguarda en el tintero, en cada rincón donde exista una historia que contar.

CONCLUSIONES

Tras un año de introducirme en la vida de los protagonistas de estas crónicas, el punto final de mi trabajo recoge la intención de reflejar el pasado y el presente de la migración que ha engendrado México y que tiene como muestra la ciudad de Huajuapán de León.

Aquí, en esta breve urbe que representa el punto comercial más importante de la Mixteca, una de las ocho regiones del estado de Oaxaca, cuyo folclor y vastedad cultural son mundialmente conocidas, es donde se situó este conjunto de historias que describen una situación que revela el desinterés de los gobiernos locales y estatales por atender problemáticas como el desempleo, la falta de oportunidades educativas y los bajos salarios, motivos suficientes que originan la búsqueda de una vida mejor en el vecino del norte.

Agradezco la confianza que en mí depositaron los migrantes y sus familias, su interés y valor por dejar de ser una cifra más en los diarios, de ser una fría estadística que los editores suelen titular como: “Despunta migración en 2014” o “Deportan a miles de migrantes oaxaqueños”.

Es en estos temas donde la labor social del periodismo crea textos que esperan trascender y crear un acervo de la realidad para que algún día, en un empolvado estante o alguna publicación virtual, los lectores revivan y recuerden las historias del sueño americano en ésta breve ciudad mejor conocida como “La tierra del Sol”.

“Esta es tierra de comerciantes, pero si hoy ya todos vendemos algo, ¿quién se supone que nos va a comprar, de qué vamos a vivir?”, expresó uno de los entrevistados, como dictando una sentencia que se ha convertido en realidad.

“Pues nos vamos pal’ Norte, pa’ ganar dólares”, le respondió otro huajuapeño soñador, un protagonista más de estas *Sendas del Sueño Americano*, que han sido escritas bajo un hilo narrativo propio del llamado Nuevo Periodismo, mismo

que emplea las herramientas discursivas de la literatura y las combina con el trabajo de investigación del periodismo.

Migrantes como Alejandro, Santos y Max, aún sueñan con cruzar la frontera, pero las estrujantes leyes migratorias y la enorme barrera no sólo física, sino económica, que atraviesa a México y Estados Unidos, ocasiona que titubeen, que volteen a ver a su familia y tengan qué decidir una vez más entre vivir juntos pero en pobreza o alejados pero con el constante temor de no tener una fuente de ingresos medianamente estable.

Algunos otros, como Juan Rock, han decidido que si en la Mixteca nacieron, ahí deben permanecer, ganándose el pan con esfuerzo y sudor en la “Tierra del Sol” y rememorar las épocas que cambiaron sus vidas para siempre, porque el ser *mojado* no implica un apelativo ofensivo, sino todo un logro por no haberse perdido en los vicios de las grandes urbes y seguir respetando su raza.

* * *

Así concluyen estas *sendas* que pretenden dejar huella en la consciencia de los lectores, para que se interesen por los temas sociales que cada día nos susurran una realidad que evitamos ver, conocer y redescubrir en ambientes tan comunes como un hogar hecho de tabiques apilados o de un apartamento en California que ha guarecido a cientos de historias de migrantes.

Un objetivo más que se ha logrado es la reconciliación con el periodismo narrativo como herramienta idónea para expresar la complejidad de la migración. Rememorar al periodista estadounidense Gay Talese o Truman Capote cada vez que me plantaba frente al ordenador, con la vida de los migrantes en las manos, fue uno de los retos y responsabilidades que desde un inicio quise lograr.

Esta forma de contar las vidas de los protagonistas, mezclado con el reportaje periodístico, le da un tono, una textura y una forma a la prosa, la envuelve de un atractivo ideal para lograr que el lector se sienta identificado, que sepa que aquello que se cuenta le pudo ocurrir a él.

Este texto insiste en la importancia del periodismo escrito, mismo que ha ido a la debacle en los últimos años a causa de la evolución de las nuevas tecnologías, el exceso de infografías en los diarios y esa lucha constante por ganarle a los medios hermanos, como la radio y la televisión, con sus armas y no con las nuestras.

La ética profesional también jugó un papel importante dentro de esta crónica, ya que al escribir, se tiene la responsabilidad de mantenerse adherido a la realidad, por más cruel e indignante que parezca, recrear los ambientes y rasgos personales de los migrantes, no con el objeto de promover el morbo, sino para ir tejiendo el perfil de los protagonistas, su forma de pensar, de actuar y de reaccionar ante el tema esencial de la migración, antecediendo el respeto hacia “El otro”, como bien lo señaló el periodista polaco Ryszard Kapuscinski.

Éste ha sido un ejercicio arduo donde se funden y concretan todos los conocimientos que mi querida Facultad de Estudios Superiores Aragón, mi asesor y los cientos de lecturas, me han enseñado y que hoy por fin logran ver la luz. Otorgo un cariño sincero y elemental a esta crónica, por lo cual la ofrezco al lector que posa sus manos por vez primera en una piel hecha de hojas que esperan ser leídas.

Dicen que el llamado Nuevo Periodismo ya es viejo, que tiene siglos de haber nacido, entonces, cultivémoslo como el estandarte idóneo para devolverle a la prensa escrita el respeto que pareciera haber perdido.

Estas necias crónicas y su autor sólo pretenden que las futuras generaciones de reporteros conserven esa ambición por contar la vida real de una forma diferente, que exploren la inagotable belleza de la escritura y que trascendamos juntos en éste ejercicio que ha sido llamado “el mejor oficio del mundo”.

FUENTES

Vivas:

- Entrevista al ex presidente municipal de Huajuapán de León, Francisco Círigo Villagómez (diciembre, 2012).
- Entrevista con Jaime Huerta, joven migrante de 28 años (marzo, 2013).
- Charla con Griselda, cajera de Banorte (marzo, 2013)
- Entrevista con Luis González Orea, cronista de la ciudad (febrero, 2013)
- Entrevista con Maximino, migrante que vivió durante quince años en Nueva York (julio, 2013).
- Entrevista con Juan Rock, quien vivió en California durante los 90's. (junio, 2013)
- Entrevista con Yovani, amigo de Juan Rock, (junio, 2013).
- Entrevista con Alejandro Ramírez, migrante deportado que vivió en Maryland (julio, 2013)
- Entrevista con Miguel, sobrino de Alejandro, quien lo apoya en sus trabajos de pintor, albañil, plomero y mecánico (julio, 2013).
- Entrevista con Ramiro Santos, migrante que vivió en Kansas City (junio, 2013).
- Entrevista con Ramón Hernández, ex bracero (enero, 2014).
- Entrevista con Gonzalo y Alberto Hernández, padre y nieto del ex bracero (enero, 2014).

Bibliográficas:

- *Durand, Jorge, Más allá de la línea, patrones migratorios entre México y E.U., México, Ediciones Conaculta, 1994.*
- *Delgado Wise Raúl y Favela Margarita (coords), Nuevas tendencias y desafíos de la migración internacional México – Estados Unidos, México, Editorial Porrúa, 2004.*
- *Alcalá Elio y Reyes Couturier Teófilo, Migrantes mixtecos. El proceso migratorio de la Mixteca Baja, Instituto Nacional de Antropología e Historia, ed. 1994.*
- *Tuirán Rodolfo (Coord), Migración México-Estados Unidos, presente y futuro, México, Editado por Consejo Nacional de Población, 2000.*
- *Zárate Hoyos Gernán A. (Coord), Remesas de los mexicanos y centroamericanos en E.U. Problemas y perspectivas, México, Editorial Porrúa, 2004.*
- *Escárcega Sylvia y Varase Stefano, La ruta mixteca, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.*
- *Escobar Latapí Agustín, D. Bean Frank, Weintraub Sidney, La dinámica de la emigración mexicana, Editorial CIESAS, 1999.*
- *Delgado Wise Raúl y Favela Margarita, Nuevas tendencias y desafíos de la migración internacional México –Estados Unidos, México, Editorial Porrúa, 2004.*
- *Albo Adolfo y Ordaz Díaz Luis, La migración mexicana hacia los Estados Unidos: una breve radiografía (ensayo), México, BBVA Research, 2011.*

Cibergráficas:

<http://www.migracion.oaxaca.gob.mx/>

Página Oficial del Gobierno de Oaxaca que muestra datos, estadísticas y conceptos de la migración en el estado.

Fecha de consulta: 27 de Junio de 2013

<http://notioax.com/portal/?p=22448>

Portal de noticias de Oaxaca.

Fecha de consulta: 14 de agosto de 2013

http://www.migracion.oaxaca.gob.mx/migracion_internacional.pdf

Página Oficial del Instituto Nacional de Migración.

Fecha de consulta: 23 de julio de 2013

<http://es.scribd.com/doc/55521261/Indigenas-Mexicanos-Migrantes-en-Los-Estados-Unidos>

Página con testimonios de migrantes sobre sus experiencias en Estados Unidos.

Fecha de consulta: 4 de octubre de 2013

http://www.migracion.oaxaca.gob.mx/Libros/La_migracion_oax/movimientosmigratoriosenOaxaca.pdf

Márgenes de los movimientos migratorios, con rasgos y características.

Fecha de consulta: 22 de noviembre de 2013

<http://cuentame.inegi.org.mx/poblacion/migracion.aspx?tema=P>

Página Oficial del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI).

Fecha: 30 de noviembre de 2013

http://www.inegi.gob.mx/prod_serv/

Página Oficial del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI).

Fecha: 13 de diciembre de 2013

www.googlemaps.com

Aplicación del explorador de Google para visualizar mapas de todas las ciudades del mundo, con direcciones y fotografías.

Fecha: 16 de febrero de 2014